

Limpia con amor



Caroline Mickelson

Limpia con amor
Caroline
Mickelson

Traducido por Olga Miralles i
Mulleras

“Limpia con amor”

Escrito por Caroline Mickelson

Copyright © 2016 Caroline Mickelson

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Olga Miralles i Mulleras

“Babelcube Books” y “Babelcube” son

marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

[Página de Título](#)

[Página de Copyright](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

Capítulo uno

—¿Está segura de que no recuerda nada? —Zoe Watson miraba intensamente a su clienta, buscando alguna señal que indicase si su intento de borrar un recuerdo doloroso de la mujer había sido un éxito.

La señora Hendrickson parpadeó un par de veces y miró a Zoe. Su confusión era evidente en la forma en que fruncía el ceño.

—¿Qué es lo que debo recordar?

Zoe se reclinó en los cojines del sofá, bastante satisfecha por un trabajo bien hecho. La expresión confusa de su clienta casi le bastaba para confirmar

que había ayudado a borrar un recuerdo doloroso. Pero, aun así, lo tenía que confirmar.

—Me estaba hablando de su marido y de cómo había tenido que salir de la ciudad por negocios durante varias semanas inmediatamente después de que habían nacido los gemelos. Me decía que él debería haber sabido que usted lo necesitaba aquí.

Una dulce sonrisa se dibujó en los labios de la reciente madre.

—Bueno, seguramente estaba haciendo una montaña de un grano de arena. Sé que se tenía que ir. Lo más importante es que nos quiere, ¿verdad?

Zoe asintió.

—Exactamente.

—¿Y no fue un gesto maravilloso que contratase a su empresa para que viniera a limpiar? —Paseó la mirada por el salón—. Todo está espectacular. Me siento mucho más feliz que cuando llegó.

Zoe se levantó.

—La felicidad es nuestro objetivo.

—Me gustaría que pudiera mandar uno de sus equipos de limpiadores de forma regular —expresó por encima de su hombro mientras acompañaba a Zoe a la puerta principal—. ¿Sería posible? —Me temo que no. Limpia con Amor se especializa en una sola limpieza en profundidad. —“Bueno, en eso y en la

eliminación de recuerdos problemáticos que se interponen entre personas que se aman”, pensó. Sacó una tarjeta de visita del bolso y se la dio a la mujer—. Recomiendo mucho esta empresa de limpieza que sí puede venir de forma regular. Son de los mejores.

—Gracias por todo, Zoe. Ahora me siento mucho más tranquila.

La sonrisa de Zoe era cálida. Esa era la mejor parte de su trabajo y le encantaba.

—Dele las gracias a su marido cuando llegue a casa esta noche. Él es quien se puso en contacto con nosotros. —Créame, se lo agradeceré como no le han agradecido nada hasta ahora.

La sonrisa de Zoe seguía ahí un buen rato después de haberse despedido y dirigido a la oficina. Iba a encender la radio del coche cuando su Bluetooth señaló una llamada entrante; conectó el manos libres.

—Limpia con Amor, habla Zoe.

—Hola, Zoe, te habla
tu

infrarremunerada e infravalorada
secretaria ejecutiva.

—Hola, madre. —Zoe miró por el retrovisor y cambió de carril—. Si me llamas para pedir un aumento de sueldo, la respuesta es no porque no necesitas el dinero. Pero, si me llamas para que te alabe, desde luego que te lo mereces.

Eres la mejor organizadora que una hija podría desear.

—Me conformaré con eso —dijo su madre—. Dime, ¿cómo fue el trabajo de los Hendrickson?

—Me alegra decir que muy bien. Además de que su casa está como una patena, creo que pude eliminar totalmente cualquier residuo de resentimiento que hubiera en la señora Hendrickson. Misión cumplida.

—Estoy muy orgullosa de ti, Zoe. Has aprendido a usar tu don para hacer el bien.

—Gracias. —Zoe venía de una larga estirpe de mujeres nacidas cada una con un don único. El suyo, según había

descubierto antes de haber llegado a la escuela secundaria, era ayudar a la gente a olvidar momentos dolorosos o tristes de su vida. Comparado con el de sus familiares, su don le había parecido insulso, poca cosa. Pero, con la ayuda y apoyo de su madre, había aprendido a aceptar su habilidad. Juntas habían creado el concepto de Limpia con Amor, un servicio de limpieza que, además de eliminar polvo y desorden, incluía una visita de Zoe, cuyo resultado era la detección y borrado de un recuerdo triste o doloroso. Su tía describió una vez la actividad de Zoe como “la eliminación de espinas emocionales”—. Tú eres una parte importante del éxito.

Estoy en deuda contigo.

Su madre aprovechó el momento.

—Me encanta que digas eso.

Quisiera cobrar hoy.

Señales de alarma sonaron en la cabeza de Zoe. A pesar de que su madre estaba en Florida y ella, en Connecticut, no había límite en la cantidad de caos bien intencionado que su madre podía provocar.

—Si tiene algo que ver con una cita a ciegas...

—No seas tonta —la interrumpió su madre—. No es nada de tipo personal. Aunque ya sabes que creo que tendrías que salir más. Conocer a un hombre

bueno, sentar cabeza, hacerme abuela...
¿Es pedir demasiado?

Por experiencia, Zoe sabía que era mejor evitar completamente ese atolladero.

—¿Qué necesitas?

—Acabo de cerrar un trato con un cliente nuevo.

Hasta ahora la cosa iba bien.

—Perfecto. Envíame los detalles al móvil.

—Lo haré, querida. —Un largo silencio llenó los pocos miles de millas que las separaban antes de que su madre hablara otra vez—. Solo hay una cosita más.

La idea que su madre tenía de “una

cosita más” acababa siempre en algo grande. Zoe inspiró profundamente y luego exhaló despacio mientras contaba hasta diez. Cuando se trataba de su madre, un poco de calma zen era de gran ayuda.

—¿Qué es esa cosita?

—El cliente es un hombre soltero...

—Alto ahí. Aquí te corto el paso. Esto ya lo hemos hablado al menos un millón de veces...

—No exageres, Zoe, querida —la interrumpió su madre—. No habrá sido más de medio millón. Además, te estás apartando del tema. Se trata únicamente de negocios.

—¿Me juras que no estás haciendo

de celestina?

—Te juro que no.

Zoe condujo su todoterreno hasta el aparcamiento reservado frente a la oficina de Limpia con Amor y apagó el motor, pero no salió del coche.

—Te escucho.

—La buena noticia es que se trata de un contrato muy lucrativo.

Zoe reclinó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos.

—¿Cuál es la mala?

—No hay una mala noticia. Solo hay una diferencia en cómo trataremos a este cliente en particular.

—Define “diferencia”, madre.

—El contrato establece múltiples

visitas. —Su madre siguió sin pararse a respirar—: No es lo que crees. La casa no está hecha un asco ni nada parecido.

—Entonces, debo suponer que la extracción de memoria es complicada.

—No, tampoco es eso.

No exactamente.

Zoe abrió los ojos y miró el reloj del salpicadero. Si su madre seguía evitando la verdad, podían pasarse así toda la tarde.

—Entonces, ¿por qué has roto la regla de una única visita?

—El hombre tiene a dos adolescentes con él todo el verano, Zoe. Los adolescentes son criaturas desordenadas por naturaleza y al

parecer estos dos no son una excepción. Es solo un soltero empedernido metido en una situación que lo supera. Me dio lástima.

Una larga experiencia había enseñado a Zoe que las cosas con su madre nunca eran tan sencillas.

—¿Eso es todo? ¿Estás segura?

—Te juro que estoy diciendo la verdad. Ya lo verás cuando vayas a la visita inicial.

Zoe se frotó los ojos.

—Me lo pensaré, madre.

—Piénsatelo rápido, ¿vale? Tienes que estar en su casa mañana a las siete de la mañana. Te envío por mail una copia del contrato y la dirección. Te

quiero. —Inmediatamente después de la precipitada despedida se hizo el silencio de una comunicación cortada.

Zoe tiró las llaves en el bolso y salió del coche. Algo no cuadraba, pero de momento no podía hacer nada al respecto. Limpia con Amor tenía un éxito más que considerable en parte gracias al boca a boca. Cancelar ese contrato sin siquiera reunirse con el cliente parecía precipitado. Tal vez todo estaba bien, y solo era un poco dura con su madre. Zoe abrió la puerta de la oficina y se quedó un momento saboreando la ráfaga de frío del aire acondicionado que la recibió. Al menos podía conocer al cliente, ¿no? Jamás lo

admitiría delante de su madre, ni aun bajo tortura, pero su vida social estaba muerta y enterrada, así que no había razón para volver corriendo a casa, ¿verdad?

Decisión tomada, pues. Se reuniría con el cliente y valoraría tanto su casa como su aquejado espíritu y vería qué podía hacer. ¿Qué podía pasar?

Michael Archer era un hombre que mejoraba reto a reto. Al menos eso pensaba antes de que su casa fuera invadida por dos adolescentes. Solo entonces se dio cuenta de que prefería los retos profesionales a los personales.

Paseó la mirada por el desastre que solía ser su inmaculada cocina. ¿Mejorar? Ese ya no era el reto. Se conformaría con sobrevivir.

—Hola, tío Michael.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Michael.

—Hola a ti también. —Resistió el impulso de alborotarle el pelo a su sobrino como hacía cuando Josh era pequeño. En su lugar, mantuvo las manos alrededor de la taza de café. “Actúa de manera informal para no espantarlos”, le había aconsejado su hermana antes de salir dos meses de crucero con su marido. En su momento, aquel consejo le había llevado a pensar que iba a

cuidar de dos gatos, y no de dos críos. Pero ¿qué podía saber él? Nunca había tenido ni gatos ni hijos. Sería mejor seguir los consejos de su hermana—.

¿Cómo has dormido?

Josh se encogió de hombros.

—Bien.

—Fantástico. Y me alegro. ¿Te has hecho la cama? —En cuanto las palabras salieron de su boca, Michael se dio cuenta de que sonaba como su madre—. Aunque no importa. Es tu habitación mientras estés aquí. Quiero que te sientas como en casa.

—Gracias.

Michael vio cómo su sobrino ponía el contenido de tres cajas distintas de

cereales casi vacías en un único bol. ¿No había comprado esos cereales hacía solo dos días? Tomó nota de que tenía que comprar más. Había olvidado cuánto comen los chicos adolescentes.

—¿Dónde está Kathryn?

Como tenía la boca demasiado llena para hablar, Josh señaló con la cabeza el salón.

»Bien, vale, cuando hayas acabado de desayunar, ven al salón. Tengo que hablar con los dos.

Encontró a su sobrina repantingada en el sofá, con el móvil en la mano, moviendo los pulgares por la pantalla como si se tratara de un concierto de piano y ella estuviera dando la actuación

de su vida.

Alzó la vista un momento cuando él se sentó frente a ella en una silla.

—Hola.

—Hola a ti también —respondió por segunda vez ese día.

—Estaré contigo en un minuto —anunció Kathryn antes de volver a centrar la atención en el teléfono.

A los treinta y seis años, Michael era demasiado mayor para haber tenido móvil cuando era adolescente lo que, a juzgar por la manera en que Josh y Kathryn actuaban (como si el suyo fuera un tanque de oxígeno al que debían estar conectados para sobrevivir), no le daba la sensación de haberse perdido nada.

Solía llevar una moneda de un cuarto de dólar para emergencias en la cartera y no había necesitado nada más.

Kathryn se guardaba el móvil en el bolsillo justo cuando su hermano se dejó caer a su lado.

—¿Qué pasa, tío M?

Michael sonrió ante el uso que hizo su sobrina del apodo que le había dado de niña. Esos críos no eran unos extraños: eran de su sangre. Su familia. Los conocía desde antes de que abrieran los ojos. Las cosas saldrían bien.

—Solo quiero estar seguro de que estáis bien antes de irme a trabajar.

¿Estáis bien instalados?

Los dos asintieron.

»Bien. ¿Tenéis todo lo que necesitáis?

Asintieron de nuevo. Tal vez tuviera que intentarlo con una pregunta abierta.

»Como os dijo vuestra madre, esta semana tengo que trabajar. Pero me he tomado libre la semana que viene y he pensado que podríamos irnos unos cuantos días. Tener nuestras propias vacaciones de verano. ¿Alguna idea de adónde os gustaría ir?

Josh fue el primero en contestar:

—¿La costa de Jersey?

Kathryn arrugó la nariz ante la sugerencia de su hermano.

—Hollywood suena mucho mejor.

Michael tomó un sorbo de su café y

dejó la taza en la mesita de centro. Para ser más exactos, la dejó sobre el montón de revistas que su sobrina tenía esparcidas por toda la mesa.

—Yo había pensado en algo como Nantucket.

Vio cómo Josh y Kathryn intercambiaban una mirada y se encogían de hombros. Respiró aliviado al interpretarlo como la versión adolescente de “lo que sea”. Eso le valía.

»Solo hay una cosa más en la que nos tenemos que poner de acuerdo para que podamos vivir en armonía los próximos dos meses. —Movi6 la mano abarcando la habitaci6n—. No estoy

acostumbrado a vivir entre tanto desbarajuste.

—¿Desbarajuste? —Josh parecía confundido.

—Desorden —aclaró Michael—. Caos. Ya sabes, montones de cosas esparcidas por todas partes. Es demasiado para mí.

Los dos adolescentes intercambiaron una mirada cómplice.

»¿Qué?

Josh habló primero.

—¿Tienes novia?

Michael levantó las cejas.

—¿Acabamos de cambiar de tema?

Kathryn tomó un cojín y lo abrazó contra su pecho.

—No. No exactamente. Es solo que hay algo que queremos saber.

—Adelante.

—¿Eres gay?

Michael intentó encontrar una respuesta.

—¿Gay? —consiguió decir finalmente, con voz ahogada—. ¿Es lo que acabas de decir?

—Porque a nosotros no nos importaría, tío M. —Las palabras de Kathryn salieron disparadas, atropellándose—. Te queremos tal como eres.

Una sonrisa lenta se extendió por la cara de Michael, y su corazón se llenó de calidez. Por muy desordenados que

fueran y por muy equivocados que estuviesen, eran buenos chicos.

—No. No soy gay. Pero agradezco la oferta de apoyo y amor incondicionales. Sin embargo, os tengo que llamar la atención por perpetuar estereotipos. No todos los hombres que viven solos y aprecian un entorno limpio son homosexuales. Sencillamente, no he encontrado aún a la mujer adecuada.

—Su sonrisa se desvaneció cuando se dio cuenta de que acababa de mentir a sus sobrinos. Había conocido a la mujer ideal. Y también la había dejado escapar. No podía imaginar que hubiera otra mujer en el mundo comparable a Zoe. Pero no era el momento de hablar

de eso.

—¿Qué pasó con la mujer con la que salías el año pasado?

¿Cómo se habían desviado tanto de la cuestión de recoger el desorden?

—¿De qué estás hablando, Kathryn?

—Mamá dijo que el año pasado salías con alguien que te hacía muy feliz. Y que estabas superenamorado.

La expresión de Josh solo se podía interpretar como una sonrisa de superioridad.

—Sí. Mamá dice que metiste la pata hasta el fondo dejándola marchar.

—No la dejé marchar. Ella... esperad, ¿por qué os estoy contando esto, chicos?

—Porque te queremos y nos preocupa tu felicidad, tío M.

Josh asintió.

—Sí, Kathryn tiene razón. No queremos que envejecas solo. Vivir aquí, en esta casa, sin nadie que se preocupe por ti, no mola. A mí me parece que, más que el tema del desorden, lo que deberías solucionar es esto. —Se dio unas palmaditas en el pecho.

Michael los miró primero a uno y después al otro sin decir nada durante un buen rato. ¿Qué había pasado con los dos críos que solían corretear por su casa como si hubiera fuego y ellos fueran los que estuvieran disparando

flechas en llamas?

—¿Sabes una cosa, Josh, muchacho?, me cuesta un poco aceptar consejos de tipo romántico de alguien que no hace mucho quería poner una rana en mi congelador. —Se levantó—. Mira, sé que lo hacéis con buena intención y os lo agradezco, pero aún no estoy listo para hablar de lo que pasó con... —Se detuvo justo a tiempo. Incluso ahora, casi un año después de que lo hubiera dejado, le costaba pensar en Zoe y aún más decir su nombre—. Volvamos a lo que importa.

Sus sobrinos lo miraron expectantes.

»Estábamos hablando del desorden —les recordó—. Entiendo que es algo

propio de adolescentes, pero tenemos que transigir todos si vamos a vivir juntos durante dos meses. Estoy dispuesto a ofrecerlos un acuerdo.

¿Queréis oír las condiciones?

Asintieron al unísono.

»Es un acuerdo tipo “lo tomas o lo dejas”. Bueno, de hecho es más “lo tomas o lo tomas”, por lo que os aconsejo que aceptéis mi oferta. Entiendo que sois adolescentes, y está bien. Pero no soporto el desorden. Así que, si estáis dispuestos a recoger lo que desordenéis, yo estoy dispuesto a pagar una mujer de la limpieza para que no tengáis que hacer nada más. ¿De acuerdo?

Vio cómo Kathryn y Josh chocaban los puños.

»¿Supongo que eso es un sí?

Asintieron a la velocidad de la luz.

»Perfecto. Ahora me tengo que ir a la oficina, pero vendrá una mujer de la empresa de limpieza para echar un vistazo y ver qué es lo que hay que hacer antes de planificar la primera visita. ¿La podéis atender vosotros?

—Sin problema.

—Y también empezaremos por recoger nuestras cosas —le prometió Kathryn.

Michael se sintió bastante satisfecho consigo mismo. No solo les había sacado a los chicos la promesa de que

recogerían, sino que también les había desviado del tema de su vida amorosa. No estaba mal para una sola mañana.

—Entonces, me voy. Llamadme si me necesitáis.

Cuando tocaron el timbre justo en el momento en que Michael iba a abrir la puerta, lo consideró como una señal de que el acuerdo iba a funcionar. Parecía que su verano empezaría libre de estrés. Exactamente como lo quería. Abrió la puerta y su mirada se posó en la mujer que estaba en el umbral. Era joven, morena y guapa. Sintió que se quedaba sin aire, como si acabara de recibir un rechazo por sorpresa. La mujer era Zoe.

Capítulo dos

Zoe miró al hombre que estaba frente a ella. Era Michael Archer. Su Michael Archer. El hombre que no solo le había robado el corazón, sino que había tenido la audacia de sugerir que podían tener un futuro juntos. Ella había zanjado el tema eliminando de su memoria el recuerdo de haberla conocido. Y ahora, allí estaban, excepto que Michael no la recordaba, aunque ella sí recordase cada uno de los momentos que habían pasado juntos. Luchó por mantener la compostura y consiguió mostrar una débil sonrisa.

—Hola. Vengo de Limpia con Amor.

Hubo un momento incómodo antes de que Michael se apartase de la puerta.

—Entre.

Distintos pensamientos se agolpaban en la mente de Zoe mientras entraba. El predominante: que mataría a su madre por tenderle una emboscada como esa. Progenitora o no, estaba más que despedida. Zoe observó la decoración moderna. Los detalles en cromo, el esquema de colores en plata y gris, y las líneas simples y elegantes eran puro Michael. El desorden, no. Se tomó su tiempo mirando a todas partes, excepto a los ojos de su ex. Tenía que tener presente que él no la recordaba. Para él, ella era una desconocida. Cuando

Michael se dio la vuelta, ella le tendió la mano.

—Soy Zoe Watson.

Vaciló solo un momento antes de darle la mano.

—Hola, Zoe.

Zoe tragó saliva y desvió la mirada. Sus cálidos ojos marrones no habían perdido ni pizca de atractivo. Aunque parecía imposible, era aún más guapo de lo que recordaba. Y ya lo era mucho de entrada.

—Si me perdona un segundo, tengo que volver al coche un momento. He olvidado una cosa.

Sin esperar respuesta, dio la vuelta y corrió a la puerta principal. Una vez a

cobijo en el asiento delantero de su coche, cogió el móvil y marcó el número de su madre, quien, tras cuatro tonos de llamada, por fin atendió.

—Hola, querida.

—Madre —casi bufó Zoe—, creo que sabes por qué te llamo.

—¿Para darme las gracias? No hace falta. Todo forma parte del trabajo.

Zoe cerró los ojos y se obligó a respirar hondo.

—Me alegra que lo pases tan bien, pero no me gusta que me tiendan emboscadas. —Abrió los ojos y miró la puerta de la casa de Michael—. ¿No tienes nada mejor que hacer que jugar con mi vida?

Su madre se rio.

—Zoe, querida, ¿sabes cuántos viudos hay en el estado de Florida? Créeme, tengo mucho que hacer. Para tu información, no estoy jugando a nada, simplemente contraté un cliente nuevo.

—Que casualmente resulta ser mi exnovio.

—Ah, el que dejaste escapar.

Zoe no estaba llegando a nada. ¿Por qué se había molestado en llamar? Lo profesional sería volver a la casa, pero se sentía de todo, menos profesional. No había visto a Michael en un año, y muchas cosas habían cambiado. Él se había mudado a una casa nueva, ella había creado Limpia con Amor; él la

había olvidado, pero ella no había olvidado ni uno de los momentos que habían pasado juntos. De repente, y por primera vez en su vida, deseó tener el poder de borrar sus propios recuerdos de Michael.

La voz de su madre interrumpió sus pensamientos.

—Zoe, ¿sigues ahí?

—Sí, por desgracia.

—Cariño, te juro que yo no inicié el contacto con tu Michael. Él llamó preguntando por nuestros servicios sin tener ni idea de que eras la propietaria de Limpia con Amor. Lo único que necesita es que limpiemos su casa.

Y lo que necesitaba Zoe era

mantener su corazón protegido y a salvo, no roto por segunda vez.

—No creo que pueda hacerlo.

—Zoe, mi amor, él ya no sabe quién eres. Le borraste todos sus recuerdos de ti y de vuestro tiempo juntos. —La voz de su madre estaba llena de compasión—. Así de fuerte es tu don.

—¿Don? Más bien parece una maldición.

—Piensa en ello de esta manera: ahora puedes estar en compañía de Michael sin angustiarte por todas las cosas que te preocupaban. ¿Recuerdas que te sentías como si estuvieras perdiendo el control de tu vida cuando salías con él? Intenté decirte que lo que

sentías es parte normal de estar enamorado.

—Madre, por favor. No quiero hablar de ello.

—Bien, porque borraste cualquier posibilidad de que ocurra algo.

Por mucho que le apenara oírlo, sabía que su madre tenía razón. Es lo que había querido, y lo había conseguido. Ahora le tocaba vivir con ello, le gustase o no.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó su madre.

—Sentada en el coche. Frente a la casa de Michael.

—De verdad, Zoe, ¿te das cuenta de lo loca que le debes parecer? Vuelve

adentro y actúa como la profesional que eres.

Zoe miró la casa. Su madre tenía razón. Michael Archer ya no era un hombre enamorado de ella. Era un hombre que necesitaba que limpiasen su casa.

—Lo haré. —Salió del coche y caminó hacia la puerta de entrada—. Siento haberte acusado de tenderme una trampa.

—No pasa nada, querida. Si he de ser sincera, sabes que, si creyera que funcionaría, ya habría intentado reuniros. Estabais bien juntos, y creo que Michael era tu media naranja.

Era. En pasado. Como en “jamás

volverá a suceder”. Zoe se despidió de su madre, guardó el teléfono en el bolsillo y llamó a la puerta de Michael. Podía hacerlo. Volvería ahí dentro y se comportaría como la desconocida que era para él.

Cuando la puerta se volvió a abrir, Zoe se había puesto la careta profesional.

—Le pido disculpas, señor Archer, había un problema en la oficina que tenía que resolver.

Él no contestó inmediatamente; solo la miró durante un buen rato. Zoe se obligó a mantener la mirada. Podía aparentar calma. Aunque eso la matase.

»¿Puedo entrar?

—Claro. —Se apartó y la invitó a entrar—. ¿Va todo bien?

—Sí, gracias. Solo tenía que hacer una cosa. —La invadió el alivio mientras entraba en el recibidor. Esa sería la visita inicial más corta de la historia—. ¿Por qué no empezamos en el salón?

Sin esperar respuesta, se dirigió hacia lo que supuso que era el salón. Ahí se encontró con una cantidad sorprendente de desorden y con las miradas curiosas de dos adolescentes.

—Hola.

—Hey —dijo el muchacho.

—Hey —coreó la joven.

—Venga, chicos, seguro que lo

podéis hacer mejor. —La voz de Michael venía de justo de detrás de Zoe. Aunque habría sabido lo cerca que lo tenía sin que hubiese dicho nada. Todos y cada uno de los nervios de su cuerpo estaban en alerta máxima.

—No pasa nada: reconozco la lengua adolescente —dijo sin darse la vuelta—. Hace años, solía hablarla con fluidez. —Eso provocó una risita de la chica y una sonrisa suficiente y benévola del muchacho. Zoe no podría haberse sentido más agradecida por su presencia. Eran el amortiguador perfecto—. Me llamo Zoe.

—Esta es mi sobrina Kathryn, y este, mi sobrino Josh.

Kathryn movió la mano en un saludo.

—¿Eres la nueva mujer de la limpieza?

—No exactamente —respondió Zoe. Buscando una excusa para alejarse de Michael, se dirigió al sofá donde estaban sentados los adolescentes—. Soy la propietaria y hago la consulta inicial. Una vez que he visto qué hay que hacer, planifico un equipo para que venga. —Se calló la parte de la segunda visita que hacía siempre para determinar qué recuerdo doloroso había que eliminar. En este trabajo esa parte del servicio no sería necesaria. Era obvio que Michael Archer no la recordaba. En absoluto.

—Vaya, esto puede ser un problema.

—¿Y eso por qué, señor Archer?

—Pasó suavemente un dedo por una estantería, no porque pareciera especialmente polvorienta, sino porque necesitaba un excusa para evitar mirarle.

—Llámame “Michael”.

Su voz era profunda y cálida; recordó que la hacía sentir a salvo y segura cuando estaba con él. Esperó a que siguiera hablando, pero, cuando no dijo nada, a Zoe no le quedó más remedio que darse la vuelta.

—¿Por qué puede ser un problema?

—No me gusta la idea de que haya alguien en mi casa cuando los chicos están aquí y yo no. Alguien que no

conozco, quiero decir.

A Zoe se le atragantó la respiración. Se obligó a mirarle a los ojos.

—A mí no me conoce.

Le pareció que pasaba una vida entera en el minuto que tardó en responder.

—Tengo una especie de intuición para las personas —acabó diciendo—. Y te quiero a ti. Quiero decir, quiero que seas tú quien esté aquí, en nuestra casa.

Ante su propia sorpresa, Zoe se vio asintiendo con la cabeza.

—Creo que se puede arreglar.

Michael sonrió.

A Zoe le entró el pánico. ¿A qué demonios se acababa de comprometer?

Tenía que salir de allí. Se volvió hacia la sobrina.

—Kathryn, ¿me podrías mostrar la casa?

Durante la visita de la casa, Zoe pronto descubrió dos cosas: una, que podía pensar con mucha más claridad cuando Michael no estaba en la misma habitación que ella. Y dos, que podía asumir el trabajo sin problema. La casa, bajo los trastos y el desorden que solo dos adolescentes podían crear, estaba muy limpia. Así que podría entrar y salir en tiempo récord y cobrar el generoso estipendio que su madre había establecido. Lo único que tenía que hacer era planificar su visita para

cuando él estuviera en el trabajo.

Encontró a Michael sentado en el salón con su sobrino. Se paró en el umbral mientras absorbía su perfil con la mirada. Lo había echado de menos. De eso no había ninguna duda. Pero no había sido consciente de hasta qué punto.

Michael giró y la miró directamente a los ojos.

Zoe notó que se sonrojaba.

—Así que... ¿qué te parece?

¿Qué podía decir? “Me parece que soy una idiota por dejarte marchar. Pero espera, puede que sea un genio por ahorrarme una vida entera de sentirme como si hubiera perdido el control,

perdidamente enamorada de ti”. En lugar de eso, suspiró.

»Tan mal, ¿eh?

Zoe negó con la cabeza.

—No, puedo hacerlo.

Michael sonrió.

—Bien.

—Empezaré mañana —dispuso—.

¿A qué hora se va a trabajar?

—A las ocho.

Perfecto. Iría después de las nueve para asegurarse de que se había ido.

—Vale —se despidió de Kathryn y de Josh con la mano—. Encantada de conoceros.

Michael se levantó.

—Te acompaño.

Zoe lo siguió hasta la puerta, esforzándose por no derrumbarse antes de llegar al coche.

—Adiós, señor Archer —saludó por encima de su hombro mientras bajaba por el camino de baldosas.

—Espera, Zoe, ¿no te acuerdas?

Zoe se paró en seco. Se dio vuelta a regañadientes.

—¿De qué?

—Lámame “Michael”.

Michael había tenido una mala noche, por describirla generosamente, y su humor a la mañana siguiente reflejaba la falta de sueño.

—¿Alguien ha hecho ya café?

—preguntó mientras se arrastraba hasta la cocina.

Sus sobrinos intercambiaron miradas divertidas.

—¿Qué es eso tan gracioso? —preguntó.

—¿Qué pasa, tío M? ¿Te quedaste hasta tarde pensando en Zoe?

Frunció el ceño.

—No, Kathryn. No lo hice.

—Técnicamente, no. Se había pasado la noche despierto pensando en lo idiota que había sido por haberla dejado escapar. Aunque, pensó mientras se dirigía a la cafetera, había sido Zoe

quien había querido cortar la relación. Lo había sentido y había querido convencerlo de que podría olvidarla. Como si fuera tan fácil olvidar a alguien de quien se estaba enamorado.

Aunque, por lo visto, para Zoe había sido así de fácil. No solo no se había puesto en contacto con él ni una sola vez en un año, sino que el día anterior se había comportado como si no se conocieran. Lo había llamado “Señor Archer”, como si fuera el director del instituto o algo así. Se frotó las sienes. El día anterior no le había encontrado ningún sentido y ese día, tras haberse pasado la noche en vela, todavía menos.

La voz de su sobrino interrumpió sus

elucubraciones.

—Bueno, ¿cuál es la historia entre tú y Zoe?

Michael ganó tiempo poniéndose un café.

—No hay ninguna historia.

—Ya, claro.

—Venga, tío M, ayer vimos cómo la mirabas —señaló Kathryn—. Pensaste que estaba buena.

Llevó su taza a la mesa.

—Si con eso quieres decir que es atractiva, sí que me di cuenta. Pero eso no significa que haya una historia. —Se sentó a la mesa y cogió una dona—. Veo que hoy tenemos el desayuno de los campeones.

Josh hizo una de sus características encogidas de hombros.

—Es más fácil de limpiar que los huevos con panceta.

Michael miró la cocina. Aunque no llegaba a su estándar habitual, era obvio que los chicos se habían esforzado de verdad en asearla.

—La cocina parece limpia. Gracias.

—¿Estarás por aquí mientras esté Zoe? —preguntó Kathryn.

Michael negó con la cabeza. Sería patético. Ya era bastante malo que su corazón siguiera roto; no necesitaba que encima hiriera su amor propio.

—Me voy a la oficina. ¿Estaréis bien aquí sin mí?

Enseguida le aseguraron que estarían bien. Por supuesto que lo estarían. Tenían sus móviles, tablets, la consola, y el número del repartidor de pizza programado en el teléfono. Así que no había razón alguna para esperar, y menos para tener el privilegio de ver a Zoe actuar como si no lo hubiera visto nunca hasta ahora.

Mientras conducía hacia el trabajo, se pasó el viaje preguntándose el porqué del comportamiento de Zoe. Cuando había llamado para concertar una cita, no tenía ni idea de que ella estuviera relacionada con Limpia con Amor. Había pedido a varias personas del trabajo que le recomendaran una

empresa de limpieza, y el nombre de Limpia con Amor había surgido varias veces. Él se había sorprendido tanto como ella cuando se encontraron frente a frente. Pero, mientras su instinto había sido abrazarla, el de ella había sido comportarse como si no se conocieran. Vale. Bien. Podía seguirle la corriente.

Y lo hizo. Aguantó hasta las once, cuando se vio en el coche y camino a casa. Subió el volumen de la radio con la esperanza de que no le dejase oír la voz de la razón que intentaba atraer su atención. “¿No tienes amor propio?”, lo regañó su voz interior. O más bien se burló. Ver el coche de Zoe aparcado delante de su casa lo alivió, aunque solo

fuera porque eso quería decir que aclararían las cosas de una vez por todas.

Encontró a Zoe en la cocina con Kathryn y con Josh. Los tres levantaron la mirada cuando entró.

—Hola, tío M.

Michael ignoró la sonrisa jocosa de Kathryn. Ni siquiera se molestó en mirar a Josh porque sabía que vería en él la misma expresión mal disimulada. Zoe parecía ligeramente sorprendida, pero serena.

—Olvidé una cosa —soltó. Su mirada se posó en Zoe—. ¿Cómo estás, Zoe?

Ella vaciló solo un momento.

—Buenos días, señor Archer.

Él frunció el ceño.

»Michael.

—Zoe, ¿puedo hablar contigo un momento?

Ella abrió un poco más los ojos.

—Claro.

Dirigió una mirada significativa a sus sobrinos, que ellos a su vez ignoraron.

—Chicos, ¿os importa? —Señaló la puerta con la cabeza, pero ni así se movieron.

—¿El qué? —preguntó Josh.

—Quiere que salgamos —aclaró Kathryn—. Vamos, Josh.

Michael esperó hasta que estuvieron

fuera de la vista y, si tenía suerte, donde no podían oírlo, antes de hablar.

—Zoe, ¿qué está pasando aquí?

Zoe paseó la mirada por la cocina.

—Estoy limpiando.

—No me refie... —Pero no pudo seguir porque lo interrumpió.

—Los chicos hicieron un gran trabajo limpiando ayer después de que me había ido. —Cogió una botella de spray limpiador con una mano y un rollo de papel de cocina con la otra—. Solo me queda sacar el polvo del salón y me iré.

Intentó rodear a Michael para salir, pero él no la dejó. Si pretendía seguir con la farsa esa de que no lo conocía

mejor que a un desconocido del supermercado, él no se lo permitiría. Mantuvo su postura en medio del paso.

—Creo que deberíamos hablar de lo que está pasando.

Habría jurado que había visto un destello de comprensión en los ojos de Zoe. Unos preciosos ojos azules que lo habían perseguido desde el día que se fue. Esperaría todo el día si eso la hacía confesar.

Pero su sobrina tenía otros planes. Se le acercó por detrás y le dio unos golpecitos en la espalda.

—Tío M, ¿puedo hablar contigo?

—Luego, Kathryn —respondió sin apartar la vista de Zoe.

—Mmm, creo que será mejor ahora
—insistió Kathryn. Tiró de su brazo—.
Por favor.

—Será mejor que vayas, Michael.
—Zoe aprovechó para zafarse de él—.
Yo me encargo de limpiar el salón.

Exasperado, Michael se dejó caer en una de las sillas de cocina.

—¿Qué es eso tan superimportante que no puede esperar a que acabe con Zoe?

—Acabarás de verdad con ella si sigues comportándote así. ¿Estás loco?

Desde luego parecía que lo estaba; pero no era algo que estuviera dispuesto a admitir ante su sobrina de catorce años. O su sobrino de dieciséis, según

decidió cuando Josh se unió a ellos.

—¿Estabais escuchando nuestra conversación?

Kathryn asintió.

—Por suerte para ti, sí. ¿Qué intentabas hacer?

Esperando encontrar algo de solidaridad masculina, se dirigió a Josh.

—¿A ti qué te parece?

—Me parece que ya entiendo por qué sigues soltero.

—Lo que significa...

—Lo que significa que eso no ha estado bien. A las pibas no les van los tipos que van de duros.

¿Pibas? ¿Tipo duro? El amor propio de Michael cayó a su nivel más bajo.

¿Se habían creído los chicos que la estaba intimidando físicamente?

—No, chicos, no lo entendéis: Zoe y yo nos conocemos.

—Ya, os conocisteis ayer. —La voz de Kathryn era baja y reconfortante, como si lo estuviera alejando de un precipicio—. Estábamos aquí contigo.

—No, quiero decir que estuvimos saliendo juntos más de un año. —Los miró a los dos—. Estábamos enamorados.

—Nadie lo diría, por como se comporta —comentó Josh.

—Exacto. —Michael se sintió algo mejor—. No sé qué está pasando. Ayer actuó como si no me hubiera visto en la

vida.

—Estás seguro de que es la misma Zoe, ¿no? —preguntó Josh.

Michael se ahorró tener que responder gracias a la fulminante mirada que Kathryn dirigió a su hermano.

—Es cierto que se comporta como si no te conociera, pero ¿quién rompió la relación? ¿Tú o Zoe?

—Zoe.

—¡Ay! —Josh movió la cabeza con pesar—. Eso duele.

—Sí. Dolió. Duele. —Se dirigió a Kathryn, cuyo rostro normalmente afable mostraba el ceño fruncido—. ¿Qué estás pensando?

—¿Por qué corrió al coche ayer? Ya

sabes, justo cuando acababa de llegar.
—Dijo que tenía que llamar urgentemente a la oficina.

Los labios de Kathryn dibujaron una sonrisa satisfecha.

—Yo creo que no.

Josh los miró a los dos.

—¿Qué me estoy perdiendo?

Kathryn se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—Creo que Zoe recuerda al tío M.

¿Lo recordaba? Lo había amado, de eso estaba seguro, aunque todo lo sucedido en las últimas veinticuatro horas no tuviera ningún sentido.

—Pues no se comporta como si lo hiciera —replicó Josh—. ¿Por qué?

—Esa es la pregunta del millón,
Josh —suspiró Michael. Debería estar
en la oficina, no sentado en casa
hablando de su vida amorosa como si
fuera un adolescente con mal de
amores—. Entonces, ¿qué hago?

Josh se encogió de hombros, pero
Kathryn sonrió.

—Actúa como si te fuera indiferente.
No llegarás a nada con Zoe si te
comportas como un energúmeno.

—No sé si sabré actuar como si no
me importase.

Kathryn sonrió.

—Te ayudaremos, ¿verdad, Josh?

Josh levantó las cejas.

—¿Lo haremos?

—Ya lo creo que sí.

Michael sintió un pequeño rayo de esperanza seguido de una no tan pequeña avalancha de escepticismo.

—¿Vosotros me vais a ayudar a averiguar por qué Zoe actúa así?

—Ya lo creo —respondió Kathryn, orgullosa—. No solo lo averiguaremos. También haremos algo al respecto. —Les señaló que se acercasen—. Tengo un plan.

Capítulo tres

—¿Y qué vas a llevar esta noche para tu cita romántica?

Zoe salió del armario vestidor para poder ver la pantalla de su portátil. A veces Skype era un arma de doble filo.

—No es una cita romántica, madre.

Su madre rio.

—Es lo que parece desde aquí. Puedo verte lanzando ropa fuera del armario mientras buscas el conjunto perfecto para dejarlo K. O.

—Lo único que dejaré K. O. esta noche son los bolos. —Zoe se sentó en el borde de la cama y puso una blusa verde esmeralda sobre su pecho—. Ni

siquiera creo que Michael vaya a estar ahí, así que no importa lo que lleve.

—Entonces, ponte un par de tejanos y una de tus camisetas viejas y ya estás lista para ir a jugar bolos.

Zoe negó con la cabeza. Ser hija única era una maldición. Si tuviera algún hermano, ese sería el momento de sacar el tema, y así desviar la conversación de su vida a la del otro.

—Gracias, madre. Agradezco tu apoyo.

—Querida, el mero hecho de que hagas un mundo de esto, por no mencionar tu comportamiento algo histriónico, me dice mucho más sobre tus sentimientos por Michael de lo que

tus palabras jamás dijeron. Quiero que pienses lo que estás haciendo.

Zoe miró la pantalla. La expresión de su madre era tan descaradamente compasiva que tuvo que apartar la mirada.

—Creo que no te entiendo.

—Yo creo que sí, pero te lo explicaré igualmente: al parecer, volver a ver a Michael ha reavivado tu deseo.

—Madre, ¿de verdad? ¿Quién ha dicho algo acerca de deseo?

—No me interrumpas, cariño, que yo te eduqué mejor. —Su madre desapareció de la vista un momento, pero volvió a aparecer enseguida con un gato persa blanco, que acurrucó junto a

su busto—. Saluda a Precious, ¿quieres, cariño?

Zoe gimió.

—Veo que estás muy ocupada, madre, así que mejor lo dejamos aquí.

—Lo siento, querida. ¿Dónde nos habíamos quedado?

A punto de volverse loca.

»Espera, ya me acuerdo —añadió su madre—: Estábamos hablando de Michael y de cómo te gustaría no haber intentado hacer que te olvidase.

—Permíteme que te interrumpa. No intenté que Michael me olvidase: lo hice. Y con éxito.

Su madre frunció el ceño.

—¿Estás absolutamente segura de

que no tiene ni idea de que eras su amorcito?

¿Amorcito? Seguro que su madre había estado leyendo novelas románticas otra vez.

—No se acuerda de mí. Ayer hubo un momento en que creí que sí porque dijo que quería hablar de lo que estaba pasando.

—Ah, suena prometedor —susurró su madre.

—No. Resulta que quería pedirme que lo ayudara con los chicos. Prefiere que no conduzcan porque vienen de una zona rural y no están acostumbrados a tanto tráfico.

—Ah, ya veo.

Zoe había sentido ayer la misma decepción que oía hoy en la voz de su madre, lo que no dejaba de ser curioso puesto que no quería que Michael la recordase. Lo hecho hecho estaba.

—Dime una cosa —su madre interrumpió sus pensamientos—. ¿Por qué lo ayudas? No tienes una empresa de canguros, ni un servicio de taxis. Pero es obvio que accediste a ello si vas a llevar a sus sobrinos a la bolera. ¿Por qué?

Ojalá lo supiera. Pero, si admitía eso ante su madre, lo único que conseguiría sería alimentar su creencia de que Zoe quería volver con Michael. Y no quería. No. De verdad que no.

Zoe miró el reloj de forma ostentosa.

—Se hace tarde, así que te daré la versión corta: solo quiero asegurarme de que Michael no me recuerda. Ya

sabes, comprobar que hice un buen trabajo cuando borré su memoria. —Sus palabras, una vez dichas, sonaban tristemente débiles incluso a sus oídos.

Y, a juzgar por la sonrisa suficiente de su madre, a los suyos también.

—Si eso es lo que quieres creer, ¿quién soy yo para rebatirlo? —Su madre se inclinó hacia adelante como si fuera a desconectar la llamada, pero se detuvo para compartir un último pequeño consejo—: No te pongas la blusa de seda, querida. Es algo que

llevarías a una cita, cosa que insistes en que no es. Adiós.

Zoe vio cómo su madre desaparecía de la pantalla. Bajó la mirada hacia la blusa que tenía agarrada. Se pondría una camiseta.

Una vez en la bolera, Zoe se dio cuenta de que se divertía en compañía de Kathryn y de Josh. Nunca había pasado mucho tiempo con adolescentes y, por lo visto, había hecho suyos unos cuantos estereotipos negativos sin darse cuenta. Pero los chicos eran fantásticos: educados, divertidos, llenos de energía, y decididos a ganarle a los bolos.

Zoe se alegraba de no haberse puesto la blusa de seda. Con la camiseta

era mucho más fácil moverse; no parecía que a los chicos les importara lo que llevaba y no había indicio alguno de Michael.

—Esto es un *strike*, chicos, apuntadlo. —Entusiasmada por haber conseguido por fin un tiro decente, Zoe se dio la vuelta triunfante y se encontró frente a un ancho pectoral masculino. Uno que reconoció.

—Michael.

—Buen tiro, Zoe.

Alzó la vista para mirarle. Su sonrisa era cálida, y la expresión de sus ojos, divertida. Zoe volvió a bajar la mirada. Llevaba una camisa azul con las mangas arremangadas. Era obvio que

aún hacía ejercicio. En vez de seguir bajando la mirada, se obligó a volver a subirla.

—Hola, Michael. —Sus ojos buscaron a los chicos, pero no los encontraron—. ¿Dónde están Josh y Kathryn?

—Han ido a por pizza y refrescos. —Sonrió—. Son adolescentes.

Necesitan comer con regularidad.

Zoe asintió, incómoda. Incómoda y algo más. Algo a lo que no quería poner nombre. Porque sentirse atraída por Michael Archer no entraba en absoluto en sus planes. Dio un paso atrás.

—Gracias por haber traído a los chicos —dijo Michael—. No me gusta

pensar que se aburren en casa mientras yo estoy trabajando.

—Ha sido un placer. Son muy majos. Michael sonrió.

—Lo son. Me gusta tenerlos conmigo.

Se hizo un silencio incómodo a pesar del ruido de las bolas que rodaban por la pista y tiraban bolos, y de la música estridente. Zoe se metió las manos en los bolsillos traseros.

—Bueno, pues yo me voy. Por favor, despídete por mí de Kathryn y de Josh.

Fue a coger el bolso, pero Michael le puso la mano en el brazo.

—Por favor, no te vayas. —Apartó la mano—. Los chicos se decepcionarán

si, cuando vuelven, te has ido. A no ser que tengas otros planes...

Zoe vaciló. Su único plan era pasar tiempo suficiente con él para asegurarse de que no recordaba nada de su relación.

»Ah, claro. Seguramente en casa te espera tu novio —añadió Michael—. ¿Quieres llamarlo para que venga y se una a nosotros?

Zoe negó con la cabeza.

—No tengo novio —no dijo nada más. Cuanto menos dijera, mejor. No fuera a ser que sin querer mencionase algo que lo hiciese recordar. Miró a su alrededor, pero seguía sin ver a sus sobrinos—. ¿Una partida de bolos?

La sonrisa de Michael fue lenta, pero tan dulce que a Zoe le temblaron las rodillas. Fuera lo que fuera lo que había hecho en el último año, Michael no había perdido ni un ápice de su encanto.

Michael señaló con un gesto el carril de retorno.

—Las damas primero.

Consciente de que él observaba todos y cada uno de sus movimientos, Zoe metió los dedos en una de las bolas y se colocó de manera que pudiera centrar su tiro. Como había hecho infinidad de veces, lanzó la bola por el centro de la pista, pero en el último momento esta cambió su trayectoria y acabó en el canal sin tirar ni un solo

bolo. Cómo no.

Michael, como el caballero que ella recordaba, no mencionó su horrible puntería. En vez de eso, tiró cuando fue su turno y la animó cuando su siguiente intento fue mucho mejor. Zoe tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para centrarse en el juego y mantener sus pensamientos alejados de Michael. Su compañía le parecía tan normal... Tan buena... Tan perfecta... Era guapo, atento, inteligente y amable. ¿Qué podía no gustar de ese hombre?

—¿Te puedo invitar una cerveza?
—preguntó él al final de la partida.

—No, gracias. —Ella no bebía cerveza, cosa que obviamente él había

olvidado. Eso era lo que quería, aunque se le hiciera raro. Era la prueba que había estado buscando: Michael no recordaba nada de ella, lo que significaba que debía despedirse de él. De forma permanente—. De hecho, creo que me voy a ir. ¿Me despides de Josh y de Kathryn, por favor?

—Claro. Te acompaño al coche. —Esperó a que recogiera su bolso y devolviera los zapatos en el mostrador—. Zoe, de nuevo, quiero que sepas cuánto valoro que hayas traído a los chicos por mí.

—Me ha encantado hacerlo —respondió. Agradeció el ruido y caos de la recepción que reducían la necesidad

de hablar de cosas intrascendentes para llenar los vacíos incómodos de la conversación. Necesitaba salir y poner algo de distancia entre ellos. Tal vez Michael había olvidado la química que habían tenido en el pasado, pero ella no, y la ponía igual de nerviosa ahora que entonces—. Oye, puedo llegar sola al coche. Aún es de día, y hay un montón de gente por aquí.

Michael le puso la mano suavemente en el hombro.

—Prefiero hacerlo. Solo para asegurarme de que no te pase nada.

Se apartaron a un lado para dejar pasar a una madre agobiada que entraba precipitadamente con tres niños.

La mujer se detuvo en seco en el umbral, y su cara se iluminó al reconocerlos.

—Michael. Madre mía, qué sorpresa veros aquí. —Los miró a uno y otro—. Juntos.

Zoe hizo inventario de sus recuerdos para identificar a la mujer. El nombre “Kendra” surgió en su mente. Estaba casada con un arquitecto que trabajaba en la empresa de Michael, y se habían visto en unos cuantos de los encuentros sociales de su oficina.

—Tony no me había dicho que volvéis a salir juntos. —Kendra los miró con una gran sonrisa—. Estáis juntos, ¿no?

Zoe no habría sabido qué decir ni para salvar su vida y no se atrevía a mirar a Michael. ¿Cómo demonios iba a salir de esa?

—Zoe, ¿me pasas un par de copas de vino, por favor?

—Claro.

Michael observó a Zoe mientras ella cruzaba el comedor y rodeaba la barra de bebidas. Tal como había imaginado que lo haría, Zoe se arrodilló y abrió el armario del extremo derecho como si supiera exactamente dónde estaban sin tener que buscarlas. Apartó la mirada antes de que le pillara observándola.

Zoe dejó las copas sobre la mesa y

le pasó revista.

—Todo se ve muy bien. Kendra y Tony llegarán pronto. ¿Me explicas cómo quieres que actuemos? No quiero decir nada equivocado que te haga la situación aún más incómoda.

Michael la miró. ¿Cómo podía volverse aún más incómoda? Seguro que era imposible. Pero, si Zoe quería mantener la farsa de que no se conocían, él le seguiría la corriente hasta que supiera qué tramaba. Porque estaba seguro de que algo tramaba y se jugaría la poca salud mental que le quedaba a que recordaba cada momento que habían pasado juntos. Lo que no tenía ningún sentido para él era por qué, sin estar

obligada, pasaba tanto tiempo con él. Zoe no había elegido que el destino hiciera que sus caminos se cruzaran, como tampoco lo había hecho él. Pero ¿por qué representar esa farsa? La Zoe que conocía y había amado no era el tipo de mujer que jugase con las personas.

—Michael —su voz interrumpió sus elucubraciones—, ¿estás bien?

—Perdona, estaba en el limbo. ¿Qué has preguntado?

—Te preguntaba cómo querías gestionar las preguntas que nos hagan Kendra o Tony. Me refiero al tema de si salimos juntos. O de si no salimos.

Se encogió de hombros.

—Voto por que nos limitemos a desviar el tema como hicimos en la bolera. Es obvio que Kendra cree que te pareces a una mujer con la que salí una temporada.

—¿De verdad?

Michael mantuvo su mirada un largo rato.

—Zoe, si alguna vez hubiera salido con una mujer tan guapa como tú, estoy seguro de que me acordaría. No creo que haya un solo hombre en la Tierra que no te considerase inolvidable. —Intentó disimular la sonrisa que le venía al ver la reacción de Zoe a sus palabras—. Lo lamento si esto te incomoda.

—No me incomoda —se apresuró a responderle.

Sus mejillas sonrojadas la contradecían. Y eso le bastaba. Esa noche se haría el desinteresado y dejaría que Kendra hiciera las preguntas. Era hora de cambiar de tema.

—¿Crees que Josh y Kathryn estarán bien vigilando a los hijos de Kendra y de Tony mientras cenamos?

—Teniendo en cuenta todo el dinero que les has ofrecido por hacer de canguros, sí. Estoy segura de que lo harán bien. Además, tú estarás aquí.

—Nosotros estaremos aquí —la corrigió. Y le gustó mucho cómo sonaban esas palabras.

La sonrisa de Zoe era dubitativa.

—Sí. Es lo que quería decir.

—Empezó a salir hacia el recibidor—.

Voy a ver cómo va la cena.

Cuando Zoe se fue, Michael buscó a sus sobrinos. Los encontró en el salón de abajo. El día que habían llegado habían declarado esa habitación territorio adolescente por sus confortables sillones reclinables y por la gran pantalla de televisión. Sin que los chicos se dieran cuenta de que estaba allí, se apoyó en el marco de la puerta y observó cómo repasaban una caja llena de sus antiguos juguetes, que había sacado del armario unas horas antes. Habían crecido muy deprisa.

Kathryn fue la primera en verlo.

—Hola, tío M.

—¿Lo estáis pasando bien?

Josh alzó un señor cara de papa.

—Hemos encontrado a un viejo novio de Kathryn.

Michael se rio cuando Kathryn le arrancó el juguete de las manos.

—¿Estáis seguros de que no necesitáis un canguro?

Josh puso los ojos en blanco.

—No. Lo tenemos todo controlado —le aseguró Kathryn—. ¿Cómo van las cosas arriba?

Michael se dejó caer en el sofá.

—Que me aspen si lo sé.

La expresión de Josh era de

compasión.

—A Zoe le gustas.

—Gracias, colega. —Michael no compartía la confianza de Josh en lo que a los sentimientos de Zoe se refería, pero no quería abrumar a los chicos con sus problemas. Ya se preocupaban demasiado—. Tendremos que esperar a ver qué pasa cuando Kendra empiece a hacer preguntas.

Kathryn arrugó la nariz.

—Lo que no entiendo es por qué accedió Zoe a esta cena. Lo normal sería que lo último que quisiera hacer fuera pasar tiempo en compañía de una pareja que os conocía cuando estabais juntos. ¿De qué iba todo eso?

—¿De qué va todo esto? —la corrigió su hermano.

Antes de que Michael pudiera contestar, sonó el timbre de la puerta.

—Supongo que estamos a punto de descubrirlo.

Capítulo cuatro

—No os importa si me llevo a Kendra un momento, ¿verdad, chicos? —Zoe se forzó a mostrar una sonrisa amable, aunque se sentía de todo, menos afable. Tenía los nervios tensos y a punto de estallar. Había conseguido superar veinte minutos de charla intrascendente a base de hacer toneladas de preguntas a los invitados de Michael mientras los

agasajaba con comida y bebida. La alegró que Tony, al ser preguntado, dijera que le tocaba conducir a él: eso significaba que podía mantener la copa de Kendra siempre llena.

Michael y Tony, que estaban

enfrascados en una discusión sobre qué equipo iba a llegar a las eliminatorias, levantaron la mirada y se encogieron de hombros.

—En absoluto.

—Perfecto. —La sonrisa forzada de Zoe era tan radiante que le dolían los ojos, lo que explicaría su incipiente dolor de cabeza. Le hizo una seña a Kendra para que la siguiera—. Me

gustaría tener tu opinión sobre una cosa en la cocina.

Pasaron primero a comprobar que los niños estuvieran bien. Convencida de que ahí todo iba viento en popa, Zoe acompañó a su invitada a la cocina.

Una vez allí, Kendra miró a su alrededor.

—Caramba, es una distribución muy buena. Michael tiene mucha vista para los espacios. ¿Lo has ayudado a diseñar la casa?

Zoe negó con la cabeza.

—Ah, claro. Probablemente en ese momento no estabais juntos. ¿Cuánto hace que salís?

—De eso quería hablarte. —Zoe se

sentó e hizo un ademán invitando a Kendra a que se sentase frente a ella. Centró su mirada en los ojos de Kendra y bajó la voz al timbre que mejor funcionaba cuando necesitaba alterar memorias—. Michael y yo no estamos juntos.

—¿Qué quieres decir con que no estáis...? —empezó Kendra, pero Zoe la interrumpió.

—Michael y yo no somos pareja. No salimos juntos. —Ahora venía la peor parte: decir una mentira flagrante—. Nunca hemos sido pareja. Nunca hemos estado enamorados.

Los ojos de Kendra se abrieron ligeramente, lo que Zoe tomó como un

signo positivo. Significaba que el sujeto estaba entrando en un estado sugestionable. Zoe continuó antes de que Kendra tuviera la oportunidad de decir nada más.

—Tienes que aceptar lo que te digo, Kendra. Los recuerdos que puedas tener de Michael y de mí juntos no son reales. Son solo producto de una percepción distorsionada.

—¿Percepción distorsionada?
—preguntó Kendra, con su voz más suave de lo habitual—. ¿Michael y tú nunca estuvisteis juntos?

Zoe asintió.

—Exacto. Lo has entendido. Ahora tienes clara la verdad —calló y miró a

la otra mujer. La mirada de Kendra recorrió la cocina como si se estuviese reorientando, lo que era normal. Había sido mucho más fácil de lo que había pensado. Tal vez fuera porque Michael y ella no habían sido amigos íntimos de Kendra y de Tony. Fuera cual fuera la razón, se sentía aliviada por la respuesta de Kendra. No feliz, pero sí aliviada.

—Dime lo que entiendes, Kendra. Es importante que tú y yo entendamos lo mismo.

Kendra se reclinó en la silla y cruzó las manos sobre su regazo.

—Michael y tú no sois pareja. No salís juntos y nunca lo habéis hecho. Todo lo que creía recordar ya no lo

recuerdo.

Zoe asintió, aunque no consiguió sonreír.

—Así que no tiene sentido seguir hablando de ello esta noche. Ni arriba, ni delante de Michael, ¿verdad?

Kendra asintió con la cabeza.

—Exacto. No tiene sentido. Lo entiendo.

Sintiendo distintas emociones contradictorias, pero ninguna positiva, Zoe se levantó. Se aseguró de que su voz volvía a ser normal cuando dijo:

—¿Me ayudas a llevar la cena?

Kendra se levantó y apartó la silla.

—De acuerdo.

Zoe le pasó el cuenco de ensalada.

—Si no te importa llevar esto, te lo agradecería. —Necesitaba desesperadamente estar sola un momento—. ¿Les dices a los chicos que enseguida voy con el rosbif?

Kendra asintió.

—Claro, Zoe. Lo que tú digas. —Cogió la ensalada y salió deprisa de la habitación.

Zoe se quedó de pie frente al fregadero y miró la noche oscura. Acababa de caer en lo más bajo. Siempre había utilizado su don para hacer el bien, para ayudar a superar la tristeza o para disminuir una carga. Jamás lo había utilizado para nada que no fuera noble. Bueno, excepto cuando

lo había utilizado para convencer a Michael de que necesitaba olvidarla, pero eso lo había hecho únicamente para evitar que se le rompiera el corazón. Antes de Michael nunca había salido con nadie que le hubiera interesado lo bastante como para plantearse esa posibilidad. Pero debería haber visto desde el primer encuentro que Michael era diferente. Ese debería haber sido el momento de apartarse de él. Pero no, como una polilla con la llama, había sido incapaz de mantenerse alejada. Hasta que había mencionado el matrimonio y había perdido totalmente el control.

“Basta”, se reprendió. Aquello fue

entonces, y eso era el presente. Tenía que poner la cena en la mesa y volver con sus invitados. Pero, antes de que pudiera poner el asado en una fuente, oyó un portazo.

—Zoe. —Michael apareció en el umbral, con semblante inusualmente serio.

El corazón de Zoe dio un vuelco. Aunque ya conocía la respuesta, se obligó a preguntar:

—¿Acabo de oír la puerta principal?
Michael se colocó en el lado opuesto de la isla. Se apoyó sobre la encimera y la miró fijamente a los ojos.

—Sí. Kendra ha cogido a los niños, lanzado las llaves a su marido y salido

corriendo. ¿Tienes alguna idea del porqué?

Zoe tragó saliva.

—¿Ha dicho por qué se iba?

Michael asintió.

—Sí, desde luego que sí. Ha dicho que eres una lunática delirante y que lo inteligente sería que me distanciase de ti lo máximo posible. —Su voz era baja y su mirada, intensa—. Zoe, quiero que me cuentes exactamente qué acaba de pasar.

Zoe se mordió el labio e intentó encontrar una explicación plausible.

—Creo que es solo cosa de un choque de personalidades. —Se encogió de hombros, intentando dar una imagen

despreocupada—. Supongo que Kendra y yo no somos compatibles.

—No me lo creo. Inténtalo otra vez.

Zoe levantó las cejas.

—¿Que intente qué otra vez?

—Quiero que me cuentes la verdad, Zoe. Y no precisamente la verdad de lo que pasa entre tú y Kendra. Quiero saber ahora mismo qué te sucede.

Afortunadamente para Zoe, la brusca entrada de sus sobrinos en la cocina le ahorró tener que encontrar una evasión para la pregunta directa de Michael.

—¿Qué acaba de pasar? —Kathryn parecía desconcertada—. Tu amiga nos ha arrebatado a los niños y ha salido

corriendo.

—Técnicamente no se considera arrebatarse si son sus hijos —señaló Zoe mientras evitaba mirar a Michael.

Josh metió las manos en los bolsillos y se recostó en la pared.

—Ya, bueno. Ha asustado a los niños con tantas prisas. No mola.

—Zoe, ¿por qué no les cuentas a Kathryn y a Josh qué ha sucedido? —le exigió Michael.

Jamás lo había oído utilizar un tono de voz tan arrogante. No le iba para nada, y ella no estaba dispuesta a acceder a su exigencia.

—No sé qué pensaba Kendra porque no estoy en su cabeza. —Aunque el

cielo sabía que lo había intentado. Y era obvio que había fracasado—. ¿Por qué no vais los tres al salón a ver una película o algo mientras yo limpio esto?

Los adolescentes aceptaron en seguida la sugerencia, pero Michael no se movió. Cuando los chicos se fueron, volvió a interrogar a Zoe.

—De verdad que no lo sé, Michael. Lo siento mucho si he dicho algo que ha ofendido a Kendra. —Y era verdad. Pero aún lamentaba más no haber conseguido lo que se proponía. Aunque, tal vez, en cierto modo, sí que lo había hecho. Si Kendra pensaba que estaba como un cencerro, las probabilidades de que insistiera para que Michael le diera

detalles de su relación eran mucho menores—. ¿Tienes hambre?

Michael la miró como si tuviera monos en la cara.

—No. No tengo hambre.

—Puede que los chicos sí tengan. ¿Me haces el favor de preguntárselo? Odio ver cómo se desperdicia el asado.

—Le dio la espalda y empezó a vaciar el lavavajillas. Deliberadamente, mantuvo la atención centrada en esa tarea a pesar de sentir que Michael la observaba. “Mantén la calma, mantente centrada —se dijo—, actúa como si no pasara nada”.

—Pueden comer luego —dijo Michael finalmente—. Deja los platos,

Zoe.

Guardó los dos últimos vasos y cerró el armario antes de darse la vuelta.

—Siento mucho haber arruinado la velada. No pretendía ofender a Kendra y espero que esto no dificulte las cosas entre tú y Tony en la oficina.

—No te preocupes por Tony. Solo le interesan los deportes y el trabajo. Dudo que haya escuchado ni siquiera una vez a su mujer. No es eso lo que me preocupa.

No debería preguntar. No debería abrir esa puerta. Pero lo hizo.

—¿Qué te preocupa?

Michael se le acercó, sin dejar de mirarla.

—Zoe, necesito preguntarte una cosa.

A ella se le aceleró el corazón. El año transcurrido no había conseguido reducir la atracción que sentía por él. Sí tal vez había intensificado su deseo. Estaba haciendo un esfuerzo consciente para mantener la respiración calmada pero, si se le acercaba más, no sabía qué podría pasar. Era el hombre más atractivo que jamás había conocido y, al fin y al cabo, ella era de carne y hueso.

—Me tengo que ir.

Michael alargó el brazo y cubrió su mano con la suya. La invadió un gran deseo de sentir algo más que ese contacto. Era como si un campo

gravitatorio la atrajera y ella no pudiese hacer nada para evitarlo. Sabía que, si Michael intentaba besarla, ella no haría nada para impedirselo.

—Zoe, necesito...

Un estruendo justo al lado de la cocina los sobresaltó. Zoe siguió a Michael al pasillo.

Josh y su hermana estaban ocupados recogiendo los juguetes que había esparcidos por todo el pasillo.

—Perdón, me he tropezado —se disculpó—. No queríamos interrumpir.

Zoe reconocía una oportunidad de escapar cuando se le presentaba.

—No pasa nada. Yo ya me iba.
—Intentó esquivar a Michael, pero él la

cogió del brazo.

—Espera, Zoe, tenemos que hablar.

—¿Se lo has pedido ya, tío M?

—preguntó Kathryn.

Zoe frunció el ceño e interrogó a Michael con la mirada, pero él apartó la vista. Mala señal.

—Todavía no.

Los chicos pusieron los ojos en blanco, los dos al mismo tiempo.

¿Todavía no qué? No estaba segura de querer quedarse y averiguarlo. No, estaba segura de que no quería hacerlo.

—Escuchad, mañana por la mañana tengo que ver a un cliente muy temprano, así que me voy a ir.

—Te acompaño al coche —propuso

Michael. Su tono de voz dejaba claro que no valía la pena intentar disuadirla, así que no lo hizo.

Dio las buenas noches a Josh y a Kathryn mientras cogía su bolso, y siguió a Michael al exterior. El aire fresco de la noche era un cambio agradable tras el calor de la cocina. Cuando llegaron al coche, Zoe miró las estrellas que había diseminadas por el cielo como si fueran un puñado de diamantes caídos del paraíso. Suspiró.

—Son bonitas, ¿verdad?

Michael solo la miraba a ella.

—Increíblemente.

Zoe apartó la mirada de las estrellas y se volvió hacia Michael.

—Lamento mucho lo que ha pasado esta noche, Michael. Lo lamento todo. Quiero que lo sepas. —Y lo decía de verdad. Había sido injusto interferir en sus recuerdos como lo había hecho. Él merecía algo mejor. Como mínimo, la verdad.

—Compénsamelo.

Su voz era tan baja e íntima que no estaba segura de haberlo oído bien, pero su tono le produjo un pequeño escalofrío. Tenía que irse a casa. Y cuanto antes mejor.

»Zoe, sabes lo que está pasando entre nosotros. Obviamente, por alguna razón que no consigo imaginar, quieres hacer como si los dos no sintiéramos lo

mismo. Actúas como si fuéramos extraños sin ninguna conexión. No tiene sentido.

Ella tuvo un ataque de pánico al oír sus palabras. ¿Se acordaba? ¿O estaba hablando de cómo se sentía tras haberla conocido hacía solo unos días? No lo sabía. Como necesitaba algún apoyo, se recostó en el coche. ¿Por qué demonios no había pensado en eso? Había estado tan inmersa en el pasado y en el hecho de que Michael solía amarla que no había pensado en qué pasaría si pasaban tiempo juntos.

—Oh, Michael. —Sus palabras brotaron como un suave suspiro.

Michael levantó la mano y le

acarició el rostro con movimientos lentos y dulces como si no quisiera asustarla. Ella se quedó de pie, paralizada y, aunque su cerebro la instaba a moverse, su corazón le ordenaba que se quedara exactamente como estaba. Con los ojos fijos en los suyos, eran lo único que llegaba a ver. Era como si las estrellas supieran que ya no las admiraba y se hubieran fundido. Incapaz de evitarlo, Zoe bajó la mirada a los labios de Michael.

Michael lo interpretó como una invitación y se inclinó acercándose. Zoe levantó la cabeza, incapaz de hacer otra cosa. Se había mantenido en un terrible estado de negación y era como si su

alma se rebelase contra su determinación. Y ganase. Cuando Michael rozó suavemente sus labios con los suyos, un deseo irrefrenable la invadió. Se acercó a él cuando Michael le rodeó la cintura con el brazo y la besó de nuevo.

Podría haberse perdido en ese beso para siempre si no fuera porque la puerta de la casa se cerró de golpe y en el silencio de la noche se oyó la voz de Kathryn.

—¿Lo ves?, te dije que diría que sí.

A regañadientes, Zoe y Michael se separaron. Habría jurado que lo oyó murmurar maldiciendo. ¿No se suponía que los adolescentes se esfumaban a

menudo? Esos dos, por más majos que fueran, estaban hasta en la sopa.

—Entonces, ¿está arreglado?
—preguntó Josh—. Porque a mí eso me ha parecido un sí.

Michael le frunció el ceño a su sobrino.

—Todavía no se lo he preguntado.
Zoe decidió que ya había tenido bastante de la críptica conversación.
Miró a Michael.

—¿De qué hablan?
—Nos preguntábamos si podíamos... si podías... es decir...

—Venir a Nantucket con nosotros
—soltó Kathryn precipitadamente.

Seguro que no la había oído bien.

—¿Nantucket?

—Sí. El tío Michael ha alquilado una casa alucinante junto al mar. Tendrías que ver las fotos de su página web. Mola mucho.

—Y queremos que vengas —añadió Kathryn a la zaga de su hermano—. Por favor, di que sí, Zoe. Será mucho mejor si estás con nosotros.

Zoe miró a uno y otro hermano.

—Creo que no lo entiendo. ¿Qué queréis que haga allí? —se dirigió a Michael—: Si necesitas apoyo con las comidas, te puedo ayudar a encontrar una empresa de catering.

Michael negó con la cabeza.

—No necesitamos una cocinera;

queremos que vengas.

—Lo queremos —repitió Kathryn—.

Di que sí.

Zoe miro a Josh, quien sonrió y asintió con la cabeza.

—Será más divertido si vienes.

Zoe sabía que, viniendo de un adolescente, aquello era una gran alabanza.

Pero no podía ir con ellos. Lo último que necesitaba, tanto por ella como por Michael, era pasar más tiempo con él, aunque fuera exactamente eso lo que quería hacer. Como su reacción a ese último beso había dejado claro.

Lo último que necesitaba era enamorarse aún más de lo que ya lo

estaba.

—Ven con nosotros, Zoe. —La sonrisa de Michael era dulce, genuina y encantadora.

Y peligrosa. Acercarse más a él equivalía a acabar con el corazón roto.

Negó con la cabeza.

—No puedo, lo siento. —Sacó las llaves del bolso y abrió la puerta del coche antes de que pudieran responder. Entró rápidamente y arrancó. Sin mirar atrás salió del aparcamiento y se dirigió a su apartamento, ignorando tozudamente durante todo el viaje las lágrimas que se le escapaban por las comisuras de los ojos.

Capítulo cinco

—Cogeré el primer vuelo que salga de Miami, querida. Tú solo aguanta y espera a que llegue. Mamá lo arreglará todo.

Zoe reprimió un escalofrío. Que su madre llegara corriendo para “arreglarlo todo” era exactamente lo que más temía. La experiencia le había enseñado que, cuando su progenitora se refería a ella misma en tercera persona, el resultado nunca era bueno.

—No, madre. Por favor no lo hagas. Quédate en Miami.

—¿Qué clase de madre abandona a su hija en la necesidad?

—No me has abandonado. Hablar por Skype es casi lo mismo que si estuviésemos juntas. Y no necesito nada.

—Pero se dio cuenta de que era mentira en cuanto las palabras salieron de su boca. Sí que necesitaba. A Michael. Una vida más honesta, un corazón abierto, necesitaba muchas cosas. Lo que no necesitaba era que su madre acudiera corriendo para hacerse cargo de todo—. Aunque agradezco que quieras ayudarme. Todo esto es un desastre, pero uno que tengo que resolver yo. No puedes hacerlo tú por mí.

—Peor para ti —suspiró su madre exageradamente—. Querida, en este caso tienes dos opciones: una, y sé que

es por la cual te inclinas, evitas a Michael, no haces caso de tu corazón e ignoras el hecho de que no hiciste un buen trabajo borrando sus recuerdos de cuando estabais juntos. O dos, buscas en tu interior hasta que encuentres enterrado un poco de valor y confianza, y le das otra oportunidad al amor. No hace falta que te diga que creo que la segunda opción es tu mejor apuesta.

Zoe frunció el ceño.

—¿Qué te hace suponer que no hice un buen trabajo al borrar los recuerdos de Michael?

—Bueno, por lo que me has dicho, la otra noche hiciste una chapuza con esa mujer.

Zoe no podía negar eso. Le debía una disculpa a Kendra.

—Tal vez tendría que enviar una nota de disculpa y ofrecerle un servicio de limpieza gratis. —Y, si tenía la ocasión de eliminar la conversación con Kendra de su memoria, mejor que mejor.

—Deja de cavar, Zoe. Ese agujero ya es demasiado profundo.

Zoe resistió la tentación de tirar un cojín a la pantalla del portátil. El don de su madre era el de poder leer la mente de su hija, lo que, como mínimo, complicaba su relación. Le sorprendía que su madre no se hubiera aferrado aún al hecho de que Michael la había besado la noche anterior, en especial teniendo

en cuenta que Zoe lo estaba pasando fatal no pensando en lo increíblemente maravilloso que había sido estar en sus brazos otra vez. Volvió a centrarse en lo que acababa de decir su madre.

—Vale, no haré nada más en lo que respecta a Kendra.

—Buena idea. Ahora, ¿qué vas a hacer con Michael?

—También tengo que dejarlo.

El gemido de protesta de su madre se oyó desde Miami.

—No, no, no. No se trata de eso. Voy para allá. Buscaré alguien que se encargue de Precious y...

Zoe maldijo la Constitución por permitir los viajes interestatales sin

restricciones.

—Espera, madre. Espera un momento. —Era obvio que había llegado el momento de iniciar negociaciones—. No quiero que te tomes la molestia de hacer el viaje hasta aquí. Está claro que no crees que pueda resolver esto por mí misma.

—Sin intención de ofender, querida.

—No me ofendes. —Bueno sí, un poco. Pero ¿para qué entrar al trapo?—. ¿Qué crees que debería hacer? —¡Ea! Acababa de abrir la caja de Pandora.

Zoe casi podía oír a su madre ronronear de satisfacción porque le había pedido consejo.

—Está claro que no conseguiste

borrar los recuerdos de ti que tenía Michael.

—Basta, madre. ¿Por qué insistes en eso? Si Michael me recordase ni que fuera un poco, me preguntaría directamente por qué hago ver que nunca nos habíamos visto antes. No lo ha hecho, y esto me hace creer que no me recuerda.

—Y lo que acabas de decir me hace creer que te cambiaron al nacer. —Su madre se inclinó hacia delante hasta que su cara estuvo a solo unos centímetros de la pantalla—. ¿Cómo puedes saber tan poco de los hombres y decir que eres mi hija?

—Madre, por favor. ¿Podemos

centrarnos en el tema?

—Claro, querida. ¿Dónde estábamos? Ah, sí. Me pedías consejo. Bien, seamos honestas: has fracasado en borrar los recuerdos de Michael. No pasa nada; todo el mundo, por bueno que sea, falla alguna vez en lo que se ha propuesto hacer. Es más que probable que haya una razón para que no tuvieras éxito. ¿Has pensado en eso?

Zoe no lo había hecho. Tampoco quería hacerlo ahora, ya que significaba mirar al pasado y dolía demasiado.

—¿Duele demasiado? —las palabras de su madre eran el reflejo de lo que Zoe pensaba—. Eso también es muy revelador, ¿no?

Zoe abrazó el cojín contra su pecho. No quería tener esa conversación. El dolor que sentía ahora le recordaba cómo se había sentido cuando su padre había muerto de un ataque al corazón. Un minuto estaba ahí y al siguiente se había ido. Así, sin más. Entonces Zoe tenía diez años y había jurado que jamás permitiría que le volvieran a hacer tanto daño.

—Zoe, querida, sé que estás pensando en papá.

Zoe asintió y apretó aún más el cojín. A pesar de lo mucho que solía molestarle el don de su madre, algunas veces que le leyera la mente le facilitaba la vida.

—No es lo mismo, cariño, papá jamás te habría abandonado si hubiera tenido elección. Eso lo sabes.

Zoe asintió de nuevo.

—Pero esta situación con Michael es distinta. Que ames a alguien no significa que te vayan a romper el corazón.

—A ti te lo rompieron.

Su madre suspiró.

—Es verdad. Pero fue después de haber tenido muchos años de felicidad juntos, que no cambiaría por nada del mundo.

—¿Aunque eso significase que podrías haberte ahorrado toda la tristeza?

—Volvería a hacer lo mismo por la

mitad del tiempo y el doble de tristeza.
Habría valido la pena.

—Ojalá supiera qué hacer.

—Creo que lo sabes, Zoe. En el fondo, lo sabes.

Se quedaron en silencio un momento. Zoe sabía lo que su madre quería que hiciese. Quería que su hija lanzase la cautela al aire y fuera cuanto antes a la casa de playa de Nantucket. De acuerdo con su romanticismo, Michael le confesaría su devoción eterna en cuanto la viera. Como si eso fuera a pasar.

Pero una idea empezó a tomar forma en la mente de Zoe. Podría reunirse con Michael y los chicos. Solo que no para lo que su madre quería. Se echó hacia

atrás en el sofá saliendo del campo de visión de su madre.

—Puede que no vayas desencaminada, madre.

Su madre aplaudió.

—Fantástico, querida. ¿Así que vas a ir a Nantucket?

—Así es. Mañana temprano. —En ese momento, Zoe tuvo la certeza de que era una buena decisión y no solo la que su madre quería que tomase. Lo inteligente sería cerrar la conexión de Skype antes de que adivinara su plan. Se inclinó hacia delante y le mandó un beso—. Gracias, madre.

—Besos, querida. —Su madre se despidió con la mano—. Estoy muy

orgullosa de ti.

Zoe desconectó la sesión sintiéndose culpable por dejar que su madre imaginase lo que no era. No sobre ir a la casa de la playa. Iría, como había dicho. Pero no iba a restablecer el contacto con Michael con la esperanza de reavivar su romance. No. Todo lo contrario. Iba a hacer otra sesión de alteración de memoria. Por si Michael había empezado a recordarla, Zoe quería hacer que lo olvidara todo otra vez.

Michael observó a sus sobrinos que corrían hacia el agua. El sol del atardecer todavía calentaba, pero la

brisa que venía del Atlántico aliviaba ligeramente el calor del verano. Las gaviotas los sobrevolaban sin que sus gritos llegasen a cubrir el sonido de las carcajadas de Kathryn cuando el agua fría le sumergía los tobillos. Sonrió y se recostó en la barandilla del porche. Eran unos críos maravillosos. Su hermana y su cuñado tenían suerte. Le gustaba ser tío y no le cabía duda de que le encantaría ser padre. Una visión de Zoe que estaba sonriendo con un bebé en brazos se formó en su mente, y su sonrisa desapareció. Zoe ni siquiera soportaba admitir que ya se conocían de antes.

Y, sin embargo, no se había negado a

pasar tiempo con él, no directamente. Vale sí, había rechazado la invitación de acompañarlos a la casa de la playa, pero eso había sido pedir demasiado, demasiado pronto. Por no mencionar que la invitación le había llegado justo después de una velada desastrosa. Aunque lo animaba el hecho de que hubiera aceptado cenar con él de buenas a primeras. De hecho, cuando se habían encontrado con Kendra, fue ella quien había sugerido que se reunieran todos para cenar.

Pero, por mucho que intentase autoconvencerse de que había esperanza, no se lo acababa de creer. Al fin y al cabo, si Zoe se negaba a admitir

que tenían un pasado juntos, era de tontos soñar un futuro con ella. Ahora lo único que necesitaba era que su mente dejase de pasar la moviola del beso de la otra noche una y otra vez. Si en algún momento había habido alguna duda de que seguía enamorado de Zoe, ese beso la había aniquilado. En los breves momentos en que la había tenido en sus brazos, se había vuelto a enamorar irremediablemente.

Se sentó en los peldaños de madera gastada. Lo único que había conseguido volviendo a conectar con Zoe era causar estragos en sus emociones. El viaje en coche desde Connecticut hasta Massachusetts le había parecido

interminable a causa de las incesantes preguntas de Josh y de Kathryn sobre ella. Había usado todas las tretas posibles para escabullir el bulto, pero tenía que hacer frente al hecho de que desear algo más no le haría ningún bien. Un final feliz era más que improbable.

—¿Hay sitio en este escalón para mí?

Al oír su voz detrás de él, Michael se levantó de un salto y se dio la vuelta.

—¿Zoe? —Llevaba una alegre falda de cuadros escoceses, un polo blanco y deportivas. Tenía los ojos escondidos tras las gafas de sol, pero su sonrisa incierta se le clavó en el corazón—. ¿Qué haces aquí?

—¿Esperar que la invitación de pasar con vosotros el fin de semana siga en pie?

Michael no sabía qué decir. “Primero dime qué demonios haces aquí” parecía un poco brusco, pero “Quédate para siempre” se alejaba demasiado en la dirección opuesta. Asintió con la cabeza.

—Claro.

Su sonrisa se desvaneció. Se subió las gafas de sol a la cabeza.

—No pareces muy convencido.

Michael se volvió a sentar en el escalón y la invitó a sentarse también con un ademán. Mantuvo la mirada en las olas que rompían en la playa.

—Me alegro de verte; es solo que me has sorprendido de verdad después de como acabaron las cosas la otra noche.

—No fue la velada más tranquila que hayamos tenido.

Michael empezaba a cansarse de sus juegos.

—Es la única velada que hemos pasado juntos. —La miró, intrigado por cuál sería su reacción.

Zoe hizo una mueca.

—Me lo merecía. Y tú te mereces una explicación. —Le puso la mano en el brazo—. Michael, lo siento.

El rayo de esperanza era tan intenso que lo instó a proceder con cautela para

no acabar cayendo por un despeñadero emocional.

—Puede que fuera tan simple como dijiste. No pasa nada si Kendra y tú no congeniáis.

Zoe negó con la cabeza.

—No es eso lo que quería decir. Lo que quería decir es que siento haber actuado como si no nos conociéramos de antes. —Sus ojos, tan azules que el cielo de verano palidecía a su lado, le suplicaban que la escuchase—. No sé si sabré explicarte por qué reaccioné como lo hice cuando te vi.

—Inténtalo.

Zoe suspiró.

—Mis sentimientos son

tan complicados...

—Los importantes siempre lo son.

Estuvieron un rato sentados en silencio. A él le bastaba estar así mientras esperaba su explicación. Estar tan cerca de Zoe, la Zoe real, la mujer a la que había amado y que lo había amado, lo hacía sentir bien. Que era como debía ser. En lo que a momentos se refería, no quería que ese terminara jamás.

—Cuando aparecí en el umbral de tu casa, no tenía ni idea de que era tuya. Mi madre se encarga de la planificación, así que supongo que reconoció tu nombre cuando anotó tu cita, pero decidió no mencionarlo.

—¿Algún motivo especial por el que te haría algo así?

La sonrisa de Zoe era indulgente.

—Probablemente lo vio como la ocasión de acabar con mi tristeza. Sabe lo infeliz que he sido sin ti. Ha sido un año realmente largo.

Michael se giró para verla mejor.

—Cuéntamelo.

Cuando los ojos de Zoe buscaron los suyos, Michael no intentó esconder su propia verdad. Había sido, sin duda alguna, el año más triste de su vida. Y una parte nada generosa de sí mismo se alegraba de que lo hubiera echado de menos tanto como él a ella.

—Es una larga historia llena de

muchos momentos solitarios, así que iré directamente al final —dijo—. Cuando te volví a ver, me entró el pánico. Seguramente, fue obvio por la forma en que salí corriendo hasta el coche y llamé a mi madre. Una reacción muy madura, ¿eh?

—Entiendo que te sorprendieras. Yo me quedé estupefacto al verte.
—Michael resistió la tentación de ponerle un mechón de pelo que tenía suelto detrás de la oreja. No era el momento para ese tipo de familiaridades. Todavía necesitaba oír más explicaciones para tener una mejor idea de sus intenciones—. ¿Por qué no me lo explicaste entonces? —Por la

forma en que Zoe evitaba mirarlo supo que la pregunta la incomodaba, pero era necesaria y no la retiró.

—¿Me creerías si te dijera que temía que me hubieras olvidado?

Michael no se dignó a contestar. En su lugar, se levantó y empezó a caminar hacia el agua. Estaba dispuesto a comprenderla, pero no estaba dispuesto a que lo tomaran por tonto. Ignoró la voz de Zoe que lo llamaba mientras seguía andando.

Cuando lo alcanzó, Zoe estaba sin aliento.

»Michael, vamos. Al menos escucha lo que tengo que decir.

Michael se paró y giró, tomándola

desprevenida.

—¿Quieres saber si te recordaba?
—Sin darse ni un segundo para arrepentirse, tomó a Zoe en sus brazos y la besó. No era un beso curioso y tentativo como el de la otra noche, sino un beso que expresaba todo un año de deseo. Cuando finalmente se separó de ella, la miró a los ojos—. Zoe, ¿de verdad crees que podría haberte olvidado, ni que fuera un solo instante?

Capítulo seis

Zoe miró a Michael un momento y decidió que la única respuesta a esa pregunta era otro beso. Alzó las manos y se las puso en el pecho sin apartar la

mirada.

—Tendría que besarte otra vez para estar segura.

Le complació que Michael premiara su intento de frivolidad con una carcajada. Había echado de menos el sonido de su risa tanto como el de su voz.

—No seré yo quien diga no a una dama. —Michael le tomó la cara entre las manos. Sus ojos se detuvieron en sus labios un momento terriblemente largo antes de besarla por fin.

Zoe se fundió en el abrazo. Estaba jugando con fuego y lo sabía, pero la llama era demasiado tentadora para resistirse. El beso acabó demasiado

pronto pero, cuando Michael se echó atrás para mirarla, Zoe se consoló con la certeza de que habría más. Al menos ese fin de semana.

—¿Qué te parece?

—preguntó

Michael.

¿Que qué le parecía? Le parecía que podría quedarse para siempre exactamente allí, en la playa, besándose con el hombre más increíble que había conocido jamás. También pensó que podría hacerse millonaria si pudiera embotellar y vender el júbilo que sentía. Pero eso no era lo que Michael preguntaba y merecía una respuesta. Levantó la mano y le acarició los labios

con el pulgar.

—Creo que no me olvidaste.

—Jamás podría hacerlo.

Zoe se soltó del abrazo. Oh, sí, la olvidaría. Porque, cuando acabase ese fin de semana, se aseguraría de haberse borrado por completo de sus recuerdos. Total y absolutamente.

—¿Qué pasa? —El ceño de Michael se frunció—. ¿Por qué pones esa cara?

—Mmm... me preguntaba dónde están los chicos. —Fantástico, acababa de decir la primera mentira del fin de semana. No era lo que había planeado mientras conducía desde Bridgeport. De hecho, cuando había dejado su casa, su único plan había sido encontrar a

Michael y borrar su memoria. Pero, conforme se acercaba a Nantucket, sus buenas intenciones se habían ido desvaneciendo sustituidas por el deseo egoísta de pasar un último fin de semana con él.

Un fin de semana de crear buenos recuerdos que podría guardar una vez que Michael la hubiera olvidado no podía ser malo, ¿no?

—Están allí, en la orilla.

—¿Qué? Ah, sí.

—Estaba tan

absorta en sus pensamientos que había olvidado lo que le había preguntado—. ¿Crees que les importará que haya venido?

Michael le tomó la mano.

—No. Estarán encantados. Les gustas.

Zoe mantuvo su mano en la de Michael y apartó el irritante sentido de culpa por Josh y por Kathryn. Ellos tampoco la recordarían una vez terminado el fin de semana. Lo mejor que podía hacer era tranquilizarse y disfrutar los próximos días. Nadie saldría herido, excepto ella. Y podría soportar los daños emocionales colaterales cuando Michael hubiese salido de su vida de una vez por todas. Mentira número dos.

Michael vio a sus sobrinos antes de que ellos lo vieran. Sin duda porque estaban absortos en lo que esperaba que fuera un forcejeo amistoso para ver quién conseguía tirar al otro al agua.

—Parecen felices —comentó Zoe.

Lo parecían. Y no eran los únicos. Michael no recordaba haber sido más feliz en su vida, ni que su corazón hubiera albergado más esperanzas que en ese momento. El sol bajaba lentamente hacia el horizonte en lo que prometía ser una puesta llena de color.

Sus sobrinos parecían tan despreocupados y felices como cualquier adolescente, y su brazo rodeaba la cintura de la mujer más

hermosa que había visto jamás. Su mundo era perfecto.

—Josh, ni se te ocurra —gritó cuando vio que su sobrino tenía a su hermana en brazos y la balanceaba sobre las olas—. Tú ganas, colega. Bájala.

Zoe todavía se reía cuando los chicos llegaron corriendo cubiertos de arena. Michael observó cómo abrazaba a Kathryn y chocaba los puños con Josh. Estaba encantado de que a los chicos les gustase tanto Zoe.

—Qué bien que hayas venido, Zoe —expresó Kathryn cuando subían hacia la casa de la playa—. Creí que no te volveríamos a ver.

Zoe se apartó un mechón de la cara.

—Era una invitación demasiado buena para dejarla pasar. Espero que no os importe que me haya unido a vosotros.

—No. Mola —dijo Josh mientras caminaban fatigosamente—. ¿Cómo nos has encontrado?

A Michael ni se le había ocurrido preguntárselo. Miró a Zoe.

Zoe dudó un momento, pero respondió con voz alegre y burlona. —Lo siento, chico, pero no puedo revelar mis métodos. Considéralo un buen trabajo de investigación.

Una vez en la casa, tomaron limonada sentados en el porche trasero con vistas a la orilla. Michael se sumió

en un estado de profunda relajación mientras escuchaba a Zoe y a los chicos hablar de sus lugares de vacaciones favoritos y de los sitios a los que les gustaría ir. Parecía imposible que hubiera pasado un año desde que Zoe y él habían sido pareja. Habían pasado muchas cosas en su vida profesional, por no hablar de que se había comprado una casa y había ido a vivir allí, pero su corazón había estado congelado todo ese tiempo. Y ahora se estaba descongelando. Estar con Zoe le parecía nuevo y estimulante al tiempo que familiar y confortable. Cómo era posible, no lo sabía, pero sí que quería que siguiera siendo así siempre.

Solo necesitaba averiguar cómo conseguirlo.

Zoe, sentada junto a él en el escalón superior, recostó la cabeza en su hombro.

—Esta noche puedo hacer yo la cena.

—Bien, porque estoy medio muerto de hambre —contestó Josh—. No, más bien, tres cuartos.

Michael rio.

—Creo que exageras, pero me doy por enterado. ¿Por qué no salimos a cenar? —Le apetecía celebrar algo. Le gustaría contratar una avioneta que dibujara un “Amo a Zoe” en el cielo o un coro de góspel que lo cantase, pero

tendría que conformarse con una cena—. La agencia de la casa recomienda un sitio llamado “La Choza del Cangrejo”, ¿quién se apunta?

Josh ya estaba de pie. Kathryn arrugó la nariz bromeando.

—Sí, no sé si deberíamos ir a un restaurante que se refiere a sí mismo como una choza, pero me apunto. —Se levantó—. ¿Tú que dices, Zoe?

—Suena genial. ¿Por qué no os cambiáis mientras hablo un momento con vuestro tío?

Cuando se hubieron alejado, Michael esperó a que Zoe le contase lo que le preocupaba. A juzgar por su

expresión reflexiva, era obvio que algo no iba bien.

—¿Qué pasa?

—Me siento culpable —acabó admitiendo. Miró la casa—. Hasta que he visto a Josh y a Kathryn no se me ha ocurrido lo incómoda que esta situación te puede resultar.

Lo único que incomodaba a Michael era que con dos críos en la casa no podía tomar a Zoe y hacerle el amor de forma salvaje como le gustaría, pero estaba seguro de que no era a eso a lo que ella se refería.

—No te sigo.

Zoe se levantó y bajó algunos peldaños hasta tener los ojos a la altura

de los de Michael. Se recostó en la barandilla y mantuvo la mirada centrada en sus ojos.

—¿Sabes que tú y yo nos veíamos el año pasado?

¿Se veían? Michael levantó las cejas.

—Creí que hacíamos más que eso.

—Eso no es lo que quiero decir —protestó Zoe—. No pretendía que sonase como si lo nuestro no hubiera tenido importancia.

Su respuesta lo apaciguó un poco.

—Sí, Josh y Kathryn saben que nos veíamos. También saben que estaba enamorado de ti. —Estaba. Estoy. Sabía cuál de las dos palabras reflejaba lo que

albergaba su corazón, pero temía asustarla. Aunque había ido a Nantucket (lo que ya significaba mucho), todavía no estaba totalmente seguro de lo que Zoe sentía por él. Pero tenían tiempo. O eso esperaba—. Los chicos están contentos de que estés aquí. ¿Qué te preocupa tanto?

—¿No les parece raro que hace dos días nos comportásemos como extraños y ahora aparezca por aquí como si fuera un amor perdido hace mucho tiempo?

—Zoe, para empezar,

son

adolescentes. —Le tendió la mano y se alegró cuando Zoe se la cogió y se dejó acercar a él—. Suelen estar centrados en

su propia vida amorosa. Y, en segundo lugar, creen que todos los adultos son un poco raros, tú y yo incluidos. Lo único que tenemos que hacer es explicárselo.

—Explicárselo ¿cómo?

Michael apretó su mano.

—Dímelo tú. Tú eres la que actuó como si no me conociera. ¿Por qué?

La puerta mosquitera del porche trasero se cerró de golpe anunciando la llegada de sus sobrinos e interrumpiendo la conversación. Pero Michael, igual que Zoe, sabía que no habían acabado. Era hora de obtener respuestas.

En cuanto entró en La Choza del

Cangrejo, Zoe decidió que la adoraba. El exterior del restaurante, de tablas de madera gastadas, no era precisamente atractivo, pero dentro estaba limpio, era acogedor, y el ambiente, relajado. Esperó a que trajeran una cesta llena de tiras de calamar fritas antes de sacar el tema de su extraño comportamiento.

—Bueno, chicos, ¿hay algo que me queráis preguntar? —Zoe se dirigió a los adolescentes—. ¿Sobre mi relación con vuestro tío?

Vio cómo Josh y

Kathryn

intercambiaban una mirada sorprendida y luego miraban a su tío. Ante su movimiento casi imperceptible de

cabeza para darles permiso, volvieron a centrar su atención en Zoe. La expresión de Josh era de curiosidad, pero fue Kathryn quien lanzó la primera pregunta.

—¿Lo quieres?

—¡Guau! Kathryn

—intervino

Michael—. Eso no es...

—No, Michael —lo cortó Zoe—. Es una buena pregunta. —Se limpió las manos con la servilleta y tomó un sorbo de vino antes de continuar—. Sí, quiero a vuestro tío. —Su mirada buscó la de Michael al otro extremo de la mesa. Una oleada irrefrenable de amor amenazaba con desbordar su corazón. Pero, por muy feliz que fuera con él, sabía que no

podía durar. Esa era su última oportunidad de vivir en la burbuja de felicidad que era ese fin de semana y quería aprovecharla al máximo—. Enamorarme de él fue lo más fácil que he hecho en mi vida y vivir sin él este último año, lo más difícil. Ha sido horrible.

—Entonces, ¿por qué apareces en su puerta y haces como que no lo+++ conoces? —preguntó Josh—. No lo entiendo.

Zoe tomó otro sorbo de vino.

—Lo sé, tienes razón. Fue una manera tonta de hacer frente a la situación. Tengo claro que no puedo explicarlo si no es diciendo que tomé

una decisión absolutamente estúpida.
—De hecho podría explicarlo mejor si estuviera dispuesta a contar toda la verdad, pero esa opción no la contemplaba.

—Lo que no tiene sentido —intervino Kathryn— es que rompierais la primera vez.

Zoe asintió con la cabeza.

—Estaba tan enamorada de vuestro tío que me entró el pánico. Me sentía atrapada en algo parecido a un tornado que me desequilibraba. Estaba aterrada.

—¿Aterrada de qué?

¿Cómo explicarle eso a una joven adolescente?

—Ni siquiera estoy totalmente

segura. Era demasiado intenso, demasiado rápido. Sé que lo que digo no tiene mucho sentido.

—Para mí, sí.

Todas las miradas se centraron en Michael, la de Zoe incluida.

—¿Lo tiene?

Michael le cogió la mano por encima de la mesa y se la apretó ligeramente.

—Cuando te conocí, fue como si me hubieran mostrado un trocito de cielo.

—Sonrió—. No podía pensar en nada ni en nadie que no fuera Zoe. Era asombroso, era excitante, pero también era sobrecogedor y total, y absolutamente intimidante. Así que entiendo esos sentimientos, incluso el

miedo de lo que pasaría si no funcionaba, pero no quería que se terminase.

Josh frunció el ceño.

—¿Alguna vez durante este año te pusiste en contacto con Zoe para hablarlo?

—No, pero pensaba en llamarla todos los días. Zoe era lo primero en lo que pensaba al despertar y lo último presente en mi mente cada noche. —Le apretó la mano—. Pero debía respetar sus deseos. Si no quería estar conmigo, tenía que aceptarlo.

El nudo en la garganta de Zoe era tan grande que tuvo que recomponerse un poco antes de poder hablar.

—Lo siento, Michael. Por favor, créeme cuando te digo que nunca quise hacerte daño.

—Vale, esto se está volviendo algo incómodo. —Josh se levantó de la mesa—. Voy a por otro refresco.

—Yo también. —Kathryn se levantó—. Iremos afuera a ver el embarcadero y algunos de los barcos mientras nos traen la comida. Eso os dará unos minutos para sacaros del cuerpo todo este acaramelamiento.

Zoe rio.

—Entonces, ¿estamos bien? ¿No tenéis más preguntas?

Kathryn acercó la silla a la mesa.

—Yo no lo entiendo pero, si tú eres

feliz y el tío M es feliz, sí, estamos bien.

En cuanto los chicos estuvieron fuera de la vista, Michael se cambió a la silla de su lado. Le acarició suavemente el brazo arriba y abajo.

—¿Estamos bien, Zoe?

Zoe asintió con la cabeza, incapaz de dar con las palabras adecuadas.

Michael se le acercó de manera que solo ella pudiera oírlo.

—Quiero estar contigo, Zoe. —La besó en los labios de forma tan tierna y apasionada que a ella le tembló todo el cuerpo. Sus ojos se clavaron en los de ella—. Esta noche y siempre.

Zoe se inclinó hacia él y le devolvió el beso.

—Esta noche —susurró con el corazón, sufriendo ya por la pérdida. Le podía prometer esa noche. Pero ¿siempre? No. Eso no se lo podía dar.

Capítulo siete

Cuando salió el sol a la mañana siguiente, Michael ya estaba despierto y listo para afrontar el día. Salió sigilosamente de la silenciosa casa de la playa para correr por la orilla, en parte porque esa era la forma en que empezaba la mayoría de sus días, pero aún más porque se sentía tan lleno de amor que se sentía a punto de explotar. Tras haber corrido unos cinco kilómetros, se detuvo y cerró los ojos.

El sonido constante de las olas que rompían en la arena tenía el mismo ritmo que los latidos de su corazón. Por primera vez en un año se sentía en paz con el mundo.

Abrió los ojos para saludar no solo el nuevo día, sino el resto de su vida. Que Zoe apareciera en la puerta de su casa de Connecticut lo había obligado a admitir cuánto la había echado de menos. No sabía si había sido casualidad o cosa del destino. En cualquier caso, sabía que no había sido intencionado por parte de Zoe. Pero, cuando apareció en Nantucket, sí que había sido por voluntad propia, y eso significaba que lo quería. Que lo amaba.

Que su destino era estar juntos y que su “para siempre” empezaba hoy.

Empezó a correr hacia la casa sin intentar borrar la sonrisa de su rostro.

Cuando llegó a la casa, la encontró silenciosa. Tras una ducha rápida, puso el café en marcha y pasó a ver a sus sobrinos, que aún dormían. La noche anterior, tras la cena, se habían retirado rápidamente a sus habitaciones. ¡Qué considerados! Estaba en deuda con ellos.

Una vez hecho el café, llamó discretamente a la puerta de la habitación de Zoe. Al oír su voz adormilada que lo invitaba a entrar, abrió la puerta.

—Buenos días, bella durmiente.

—Cruzó la habitación y dejó sobre la cama la bandeja que había preparado, antes de besarla.

—¿Desayuno en la cama? —Zoe le sonrió —. Eres demasiado bueno para mí.

Michael le alcanzó una taza de café humeante.

—Es lo mínimo que mereces. —Miró cómo rodeaba la taza con las manos y tomaba un pequeño sorbo. Le encantaba la manera en que cerraba los ojos anticipando el sabor. Le encantaba todo de ella. Solo mirarla ya era una experiencia sexual que alimentaba su deseo.

—Un café excelente. —Sonrió para darle las gracias—. Me siento como si estuviera en un cuento de hadas. Anoche estaba sentada en la playa con el hombre más guapo y cautivador del mundo y hoy podré pasar el día con él. Así es como me imagino el cielo.

Michael le pasó un plato con un cruasán recién hecho.

—Tienes hoy y todos los días que quieras. —Iba a decir “siempre”, pero vio en su rostro una expresión fugaz que no podía identificar. Demasiado pronto—. ¿Alguna idea de lo que te gustaría hacer?

—Solo quiero estar contigo.

Esas cuatro palabras hicieron que

Michael se enamorase de ella una vez más.

Zoe mordió el cruasán.

—Mmm, delicioso. ¿No sabrás qué quieren hacer los chicos, por casualidad? —Le acercó el cruasán para que le diera un mordisco.

—Los dos son muy aficionados a la fotografía así que, si te parece bien, he pensado que podríamos salir a visitar faros.

Zoe ladeó la cabeza, pensativa.

—Déjame pensar: buena compañía, paisajes espléndidos, buen tiempo... Parece la forma perfecta de pasar el día. —Tomó otro sorbo de café—. ¿Siempre les ha gustado la fotografía?

—Es algo que comparten con su padre. Los inició cuando eran pequeños, y así podían salir a cazar imágenes mientras mi hermana pintaba. Sé que no soy objetivo pero, en lo que a familias se refiere, creo que lo están haciendo realmente bien. Me encantaría ser un padre tan participativo con mis hijos como lo es mi cuñado con Josh y con Kathryn.

Otra expresión incómoda apareció fugazmente en el rostro de Zoe. Estaba seguro de que esa no la había imaginado. Alargó el brazo y le acarició la mano.

—Eh, ¿qué te pasa?

Zoe se encogió de hombros.

—No es nada.

—¿Nada de lo que deseas hablar, quieres decir? —Mantuvo un tono de voz suave, incluso arrullador, porque odiaba la expresión que veía en sus ojos, como si esperase a que algo saliera mal—. ¿Por qué si hablo de tener familia te asustas como si hubieras visto un fantasma?

Vio cómo Zoe empezaba a protestar, pero finalmente optó por callar lo que fuera que iba a decir. En lugar de eso, negó con la cabeza.

—No es lo que crees. Es solo... sobrecogedor. No puedo pensar tan allá sin ponerme nerviosa. —Lo miró con ojos que rogaban que la

comprendiera—. Por favor, solo créete que te quiero, Michael.

—Yo también te quiero. —Se inclinó hacia ella y la besó tiernamente—. Sin presiones, Zoe. Sea lo que sea que te preocupa, lo solucionaremos juntos.

A juzgar por su expresión, no debería haber dicho eso tampoco. Michael decidió que, hasta que Zoe se sintiera más segura, lo mejor era esperar a que se confiara a él. Hasta entonces se limitaría a amarla. Por suerte, eso le era tan natural como respirar.

—¿Qué te parece si dejo que acabes de desayunar y te vistas mientras despierto a los chicos?

Su sonrisa era recompensa suficiente

a su voto de paciencia. Amor y pasar tiempo juntos era exactamente lo que Zoe necesitaba para recomponer su confianza en un futuro juntos.

Afortunadamente, tenían toda una vida por delante.

El día entero fue perfecto. O debería haberlo sido. Eso entristecía a Zoe al tiempo que la hacía feliz, lo que a su vez la volvía loca.

Una brisa fresca se unía a un sol radiante, y eso convertía el día en perfecto para estar al aire libre. Lo empezaron visitando un museo de ballenas, idea de Michael. Los chicos

habían aceptado ir, a pesar de su reticencia inicial, cuando Michael señaló lo contenta que estaría su madre al saber que habían hecho algo semieducativo durante las vacaciones. ¡Qué pico de oro tenía! Zoe se dio cuenta de ello mientras lo veía convencer a sus sobrinos. Era persuasivo; tendría que mantenerse en guardia.

Después del museo fueron al faro Sankaty. Construido en 1850, se levantaba en medio del acantilado cubierto de hierba, desafiando mayestáticamente el paso del tiempo y un clima que solía ser muy duro. Zoe se acurrucó en los brazos de Michael

mientras ambos estaban recostados en una barandilla viendo cómo Josh y Kathryn se acercaban al edificio para sacar fotos.

—¿No es precioso? —preguntó Zoe.

Michael se inclinó y le besó la coronilla.

—Ahora mismo me resulta difícil concentrarme en algo que no seas tú.

Iba a replicar con una respuesta en el mismo tono de flirteo cuando sonó su teléfono. Soltó un gruñido cuando vio que era su madre la que llamaba.

—¿Problema? —preguntó Michael.

Zoe negó con la cabeza.

—Es mi madre, que es persistente hasta la saciedad. Si no respondo,

seguirá llamando hasta que lo haga.

—Contesta. —Movi6 la cabeza en direcci6n al faro—. Ir6 a ver qu6 hacen los chicos.

Cuando se fue, Zoe atendi6.

—¿Madre?

—¡Milagro! Por fin has respondido.

Zoe reconoci6 inmediatamente el tono de voz de su madre. Era una mezcla de indignaci6n justificada y prisas. Una mala combinaci6n bajo cualquier circunstancia y especialmente en un d6a como aquel.

—No es un buen momento.

—S6, lo he supuesto al ver que dejabas que saliera el buz6n de voz.

Zoe suspir6.

—La mayoría de la gente se daría por enterada.

—Las dos sabemos que no soy como la mayoría.

Jamás se habían dicho palabras más ciertas.

—Ahora no puedo hablar. —Zoe paseó la mirada por el acantilado—. Estoy fuera de la oficina.

A juzgar por la risa de su madre, su intento de evitar decir una mentira descarada la había divertido.

—Sí, querida. Yo diría que Nantucket se puede considerar como fuera de la oficina.

Zoe sintió admiración y fastidio por igual.

—Vale, sabes dónde estoy. Así que también sabrás que estoy decidida a pasar este último día con Michael, lo que a su vez significa que deberías ser capaz de comprender que quiero aprovechar todos y cada uno de los momentos que podamos estar juntos. —Oh, Zoe. —Su madre ya no se reía. Al contrario. Su voz reflejaba remordimiento melancólico—. No has entendido nada.

—Estoy haciendo lo que debo —protestó Zoe. Por el rabillo del ojo vio a Kathryn que le hacía señas con los brazos. Respondió con señas también—. Si están tan segura de que acabaré con el corazón roto, deja que me la pegue y

luego podremos pasarnos horas interminables hablando de ello.

Su madre no se lo pensó dos veces.

—Si no te quisiera tanto, Zoe, seguramente me haría a un lado y te dejaría tirarte de cabeza a la miserable tristeza que tanto pareces desear. Pero no lo haré.

—Madre, por favor, ahora no.

—Es de vital importancia que me dejes contarte una conversación que he tenido con tu tía Matilda.

—No —protestó Zoe—. Lo digo en serio. Ahora, no. No te voy a colgar, pero sí voy a desconectar esta llamada con cariño y respetuosamente. Prometo que te llamaré cuando vuelva a casa.

—Alejó el móvil de su oído e ignoró el sonido de las atropelladas e incomprensibles palabras de su madre—. Adiós.

Pulsó el botón de colgar y apagó el teléfono. Se lo guardó en el bolsillo con sentimientos de culpa y alivio a partes iguales mientras caminaba hacia el faro a reunirse con Michael.

—Creo que es romántico.

—Yo creo que es de locos. Pero mola.

Michael cogió a sus sobrinos en un abrazo de grupo.

—Seguramente es las tres cosas —dijo—. Pero tengo la sensación de

que es lo que debe ser. Quiero a Zoe y quiero pasar el resto de mi vida con ella.

Vio cómo intercambiaban una mirada rápida e indescifrable.

—¿Qué pasa?

Josh golpeó el suelo con la punta del pie y evitó mirarlo. Mala señal. Miró a su sobrina.

—¿Kathryn?

—Bueno, tío M, nos gusta Zoe. De verdad que sí.

—¿Pero? —la instó Michael.

—¿Te puedes fiar de ella? Quiero decir, ¿fiarte de verdad? —La expresión de Kathryn era sincera, no crítica—. Sé que la quieres y que ella te quiere, y eso

es bueno. Pero todo ese asunto de simular que no te conocía es un poco extraño.

Michael asintió con la cabeza.

—Sí, lo fue. Eso no te lo voy a discutir, pero recuerda que conozco a Zoe. Tenemos una historia juntos. Y es una persona buena de verdad. Honesta y cariñosa. Solo se asustó por lo profundos que se hicieron nuestros sentimientos en muy poco tiempo.

—Eso lo entiendo —replicó Josh—. Creo que haréis muy buena pareja.

Michael los miró.

—Entonces, ¿aprobáis mi decisión?

Sintió un alivio inmenso cuando ambos asintieron.

—Perfecto. Entonces, ¿qué os parece ayudarme a preparar una propuesta de matrimonio romántica?

—¡Guau! Vas muy deprisa —Josh sonrió—. ¿Por qué no le pides ayuda a mamá cuando vuelva? Se le da muy bien todo lo sentimentaloido.

—¿Esperar seis semanas?

—Michael negó enfáticamente con la cabeza—. Ni hablar. Lo haré este fin de semana. Si puedo.

—¿Y el anillo?

—preguntó

Kathryn—. Tienes que tener uno.

—Lo tengo, pero está en casa, en Connecticut. No tenía ni idea de que Zoe aparecería aquí este fin de semana; si

no, lo habría traído.

La expresión de Josh hizo sonreír a Michael.

—Vamos, dilo.

Su sobrino rio.

—Estás muy pillado. Lo siento, pero es divertido.

La sonrisa de Michael era buena.

—Sí. Ya te lo recordaré algún día cuando estés enamorado hasta las trancas.

Kathryn aplaudió.

—Centrémonos, chicos. Zoe no tardará en venir. —Miró a Michael—. Esto es lo que puedes hacer. Cuando acabemos aquí, nos llevas a la ciudad y vamos a ver escaparates. Puedo

identificar sitios que tengan joyas decentes. Luego vamos a comer y cuando estemos en los postres te disculpas y vas a comprar un anillo para Zoe. —Inmersa en el romanticismo del momento, sus ojos brillaban—. Será un sustituto hasta que le des el anillo de compromiso de verdad, pero servirá. ¿Puedes hacerlo?

—¿Hablas en serio? —Michael no pudo resistir el impulso de tomarle el pelo—. Claro que puedo. Es un plan genial. —Se giró hacia su sobrino—. Josh, tu parte en esto es distraer a Zoe si Kathryn y yo nos colamos en una tienda. ¿Podrás hacerlo?

—Claro.

Michael los abrazó a los dos otra vez.

—El plan es perfecto. Chicos, sois los mejores.

Capítulo ocho

Zoe miró su armario y pasó revista a su escaso vestuario. No había mucho de donde elegir, pero no había imaginado que Michael les prepararía una velada sorpresa. De hecho, cuando había tirado la cautela al aire y decidido viajar a Nantucket, la ropa fue lo último en lo que había pensado. Alcanzó el vestido rojo, lo sacó del armario y lo inspeccionó. No tenía arrugas, perfecto. Tenía un escote decente y tirantes finos, ambos adecuados para una velada con Michael y sus sobrinos. Y un color favorecedor, que siempre venía bien. El vestido rojo, pues.

Estaba a medio vestir cuando sonó su móvil. Seguro que era su madre. Otra vez. Suspiró. Había mantenido el teléfono apagado todo el día pero, cuando lo había puesto en marcha para asegurarse de que todo iba bien en la oficina, Zoe vio que había dieciséis llamadas perdidas de su madre, que era muy persistente. Una mirada rápida al reloj le dijo que no tenía tiempo de tener una conversación extensa. No cuando Michael, Josh y Kathryn la estaban esperando.

Quince minutos más tarde encontró a Michael esperando en el salón. Unas cuantas velas ofrecían claridad suficiente para ver que él tenía una

botella de vino fresco y dos copas en la mesa. Se paró en el umbral y sonrió.

—Estás muy guapo.

La sonrisa de Michael era agradecida.

—Gracias. Y tengo que decir que tú estás más increíble que nunca. Ven aquí.

Pero Zoe se quedó donde estaba.

—No sé, señor Archer. Hay un brillo en sus ojos que me hace dudar de que esté segura.

Michael se rio.

—Eso que ves es una mezcla de franco deseo y de pura adoración. Pero de momento estás segura, así que ven y tómate un vaso de vino. —Llenó una copa con Chardonnay y se la tendió.

Sus dedos rozaron los de ella cuando le pasó el vaso, lo que le provocó un ataque de deseo.

—Gracias. —Tomó un pequeño sorbo—. Mmm, qué bueno.

—Me alegro de que te guste.

Zoe paseó la mirada por la habitación iluminada con las velas.

—Me gusta. Tanto el vino como el ambiente. Es una agradable sorpresa. —Bebió otro sorbo apreciativo. Cuando sus ojos volvieron al rostro de Michael, se abrieron como platos. Parecía el gato que se ha zampado la crema—. ¿Qué sucede?

Michael meneó la cabeza sin decir nada.

—¿Qué?

Michael atravesó el espacio que los separaba de un paso. Le tomó la copa y la dejó en la mesa junto a la suya.

—Déjame que te bese y luego te hablaré de la sorpresa.

Zoe entrelazó las manos detrás de su cabeza.

—Eres un duro negociador.

Se podría haber quedado fundida en un abrazo con Michael para siempre de lo bien que se sentía en sus brazos. Pero llamaron a la puerta e interrumpieron su éxtasis. Se separó de él a regañadientes.

—Esa debe ser tu sorpresa —anunció Michael. Se dirigió a la puerta pero, antes de llegar, se giró y

volvió a darle otro beso—. No te muevas.

—Espera —lo llamó Zoe, pero él no respondió. En lugar de eso lo oyó abrir la puerta y hablar con alguien en susurros. Tal vez fueran los chicos que volvían de donde fuera que hubieran ido. En cualquier caso, pronto lo sabría. Tomó su copa y bebió un sorbo de vino. Y se atragantó cuando vio la “sorpresa” que Michael hizo entrar en la habitación.

—¡Ta da! —Una visión en seda azul zafiro y una cantidad obscena de perlas abrió los brazos como si fuera noche de estreno en Broadway—. ¿Sorprendida, querida?

Zoe aspiró una bocanada de aire,

agradecida por haber conseguido no escupir el vino en la moqueta.

Michael corrió a su lado y le rodeó los hombros con el brazo.

—Zoe, cariño, ¿estás bien?

Asintió con la cabeza al tiempo que inspiraba para regular la respiración. Todo mientras mantenía los ojos fijos en su madre. No podía estar pasando. Pero sí.

—¿Madre?

Su madre levantó una mano.

—Querida, si hubieras cogido el teléfono, nada de esto habría sucedido.

Zoe maldijo su mala decisión.

—¿Quieres decir que si hubiera respondido alguna de esas llamadas no

estarías aquí?

Su madre se rio.

—No, claro que no. Solo quiero decir que no te habrías sorprendido tanto. He salido de Miami antes del alba.

Zoe entrecerró los ojos.

—¿Así que ya estabas en camino cuando hemos hablado antes? ¿Y no has dicho nada?

Marlene se encogió de hombros.

—Bueno, habría llevado la conversación hasta ahí si no hubieras tenido tanta prisa por quitarme de encima. —Bajó la vista a la botella de vino que había en la mesa—. ¿Sería mucha molestia si pidiera un poco de

Chardonnay?

Michael las miró a las dos.

—Claro, Marlene. Lo siento, debería habértelo ofrecido. Siéntate y traeré otra copa.

En cuanto salió hacia la cocina, Zoe se acercó a su progenitora como una flecha.

—Madre, juro que podría... podría... podría...

Su madre se sentó en una silla tapizada.

—Avísame cuando sepas qué quieres hacer conmigo. Sabe Dios que me merezco un castigo por haberlo dejado todo y haber venido corriendo para salvarte.

—¿De Michael?

—No, querida. De ti misma.

Zoe se sentó en la silla de enfrente.

—¿Por qué haces esto? —Mantuvo la voz baja—. Sabes que quería pasar esta noche con Michael antes de...

—Basta, Zoe. —Su madre se puso seria de repente—. Si no te quisiese tanto, creería que te mereces estar tan triste como lo intentas. No he tenido ocasión de decirte lo que la tía Matilda me comentó sobre tu don. Me tienes que escuchar.

El regreso de Michael con una copa impidió que Zoe le soltara una andanada a su madre. En vez de eso, se recostó en la silla y se esforzó en tranquilizarse,

cosa nada fácil. Nunca antes se había enfadado tanto con alguien. Jamás. Pero ¿qué podía hacer que no fuera llevar a su madre al aeropuerto y meterla en el primer vuelo de Cape Air a Boston?

Prestó solo medio oído a la conversación de Michael y su madre. ¿Cómo les había encontrado? ¿Y qué demonios tenía que decir su tía Matilda que no podía esperar?

Una pregunta aún más apremiante dominaba sus pensamientos: ¿cómo iba a librarse de su madre?

A Michael no le sorprendió que Zoe insistiera en llevar a Marlene al

restaurante en su coche. A juzgar por su reacción, la llegada de su madre la había pillado totalmente por sorpresa.

No sabía para qué había venido, ni había tenido tiempo de preguntárselo cuando había llamado para anunciar su intención, pero le venía perfecta para sus planes. Con la madre de Zoe presente, la propuesta de matrimonio se convertía al mismo tiempo en la petición de mano.

—Pareces muy tranquilo para ser alguien que está a punto de encadenarse a otra persona por muchísimo tiempo.

Michael miró de soslayo a su sobrino.

—Debería haber dejado que tu

hermana se sentase delante.

—Solo bromeo. —Josh sonrió—. La verdad es que yo estoy un poco nervioso por ti.

Michael siguió las indicaciones del GPS y giró a la derecha.

—¿Por qué?

—¿Qué pasa si Zoe dice que no?

—No lo había pensado —confesó Michael. Si tenía en cuenta su reacción del año pasado cuando le había propuesto matrimonio, seguramente debería haberlo hecho. Se había asustado tanto que había roto con él. Pero en un año habían cambiado muchas cosas y sabía que Zoe lo quería. El matrimonio era simplemente el paso

siguiente.

—¿Tío M? ¿Hola? —Kathryn le llamó desde el asiento trasero—.

¿Todavía estás con nosotros?

Michael la miró por el retrovisor y sonrió para tranquilizarla.

—Estaba en las nubes. ¿No me dirás que tú también estás preocupada?

Kathryn negó con la cabeza.

—No mucho. Creo que Zoe dirá que sí. Espero que lo haga, porque me gusta de verdad. A los dos nos gusta. —Se inclinó hacia delante y hundió el dedo en el hombro de su hermano para captar su atención—. ¿Crees que sospechó algo cuando fuisteis a comprar helado?

—No. —La sonrisa de Josh era de

suficiencia—. No tenía ni idea de que estabais buscando un anillo. La distraje totalmente pidiéndole consejos de moda.

—Ya, claro. Como la moda te preocupa tanto... —le picó Kathryn.

Michael se rio.

—Lo siento, pero se lo has puesto en bandeja.

Josh puso los ojos en blanco.

—Vale, lo que sea.

Michael aparcó en el restaurante y apagó el motor.

—Deseadme suerte.

Kathryn se echó hacia delante y le dio unos golpecitos en la espalda.

—No necesitas suerte. Tienes el amor de tu lado.

La sonrisa de Josh era tranquilizadora.

—Tú puedes, tío Michael. Seguro que te va bien.

—Zoe, te estoy diciendo que no funcionará. No como crees.

Zoe todavía no podía creer que su madre había hecho el viaje hasta Nantucket. Pero allí estaba, sentada en el asiento del pasajero, con sus pulseras tintineantes y su perfume que ahogaba los sentidos de Zoe. Todo eso era la Marlene de siempre, excepto por las predicciones de tristeza y fatalidad que había estado lanzando sin parar desde que se habían subido al coche.

—¿Me estás escuchando? —Un suspiro de proporciones épicas daba a entender el alcance de la frustración de Marlene—. No es propio de ti cerrarte de esta manera a la razón, Zoe. Yo no te eduqué así.

Zoe no podía dejar ese comentario sin respuesta.

—No es cierto, madre. No lo has dicho una vez, sino un trillón, que una mujer debería tener opinión propia. No solo eso: te he oído censurar a las mujeres que no están dispuestas a vivir con amor y con pasión. Así que es muy hipócrita por tu parte desear que no pase tiempo con Michael.

—¿Eso es lo que crees que estoy

haciendo aquí? No seas ridícula. —Su madre pasó un rato mirando el paisaje por la ventana sin decir nada.

Eso solo significaba que estaba buscando en su arsenal de palabras las más punzantes. La batalla no había terminado. Segura de que sabía lo que se acercaba, Zoe empezó una cuenta atrás desde cinco. Cuatro, tres, dos, uno...

—Lo único que quiero es que seas feliz —empezó su madre justo entonces—. Por eso quiero evitar que malbarates tu oportunidad de serlo con Michael. Es un buen hombre.

—Al menos estamos de acuerdo en algo.

—No te pases de lista conmigo,

muchachita. Puede que seas demasiado mayor para que te castigue, pero sigo siendo tu madre. Y me preocupa muchísimo lo que te sucede.

Esas últimas palabras de su madre dejaron a Zoe sin fuerzas para seguir peleando.

—Lo sé, madre. Y sé que te parezco desagradecida. —Soltó una mano del volante y la levantó para impedir que su madre iniciara una nueva tirada—. Pero tengo que hacer lo que debo. Cómo encaro mi futuro es decisión mía, no tuya.

—Pero tu tía Matilda, que debo recordarte que tiene un don como el tuyo, me dijo que no podrás borrar la

memoria de Michael. Te enfrentas a algo demasiado poderoso. Y creo que tiene razón. No funcionó antes y no funcionará cuando lo vuelvas a intentar.

Zoe entró en el aparcamiento con gran sensación de alivio. No quería seguir con la conversación. Apagó el motor y se giró hacia su madre.

—Esto es lo que va a pasar: entraremos y pasaremos una agradable velada. Buena comida, buena conversación, compañía fantástica, y nada más. Eso es todo. Una velada agradable. Así que, por favor, no digas ni hagas nada que estropee lo que es básicamente una amigable cena familiar. Es lo único que te pido. ¿Me lo

prometes?

La respuesta de Marlene fue salir del coche, cerrarlo de un portazo y dirigirse al restaurante sin esperar a su hija.

Capítulo nueve

Zoe no habría tenido el alma más en vilo si hubieran cenado en un puente desvencijado sobre aguas infestadas de tiburones. Y no porque la cena no fuera deliciosa, que lo era. A pesar de la influencia del mar en la carta, todo el grupo se había inclinado por la montaña y disfrutaba una ronda de solomillo de primera. El ambiente retro de club de campo del restaurante era encantador y el servicio, inigualable. Lo mejor de

todo fue lo bien que parecían llevarse Josh, Kathryn y Marlene. Y Michael era un anfitrión cortés y cautivador. Todo eso debería haber convertido la velada en perfecta.

Entonces, ¿por qué se sentía tan triste?

El viaje a Nantucket no había salido en absoluto como había previsto. La teoría había parecido muy fácil. Pero ahora la culpa la consumía por haber pensado únicamente en ella. Había sido lo bastante egoísta como para provocar todo aquello solo porque quería un fin de semana más con Michael. Pero no le bastaba porque no era para siempre.

Levantó la mirada del solomillo que

estado mareando en el plato y se encontró con la de Michael por encima de la mesa.

—¿Estás bien, cariño? —Su voz era profunda y cálida, y llena de preocupación.

Todos los de la mesa cesaron la conversación y la miraron.

—¿Pasa algo, Zoe? —La expresión de Kathryn mostraba la misma preocupación que la de su tío.

—Estás muy callada —añadió Josh.

Marlene apartó la silla de la mesa y se levantó.

—A Zoe no le pasa nada que un momento fuera con su madre no pueda arreglar. —Se acercó a la silla de Zoe y

le puso la mano bajo el codo—. Ven, querida.

Obediente, Zoe se levantó y siguió a su madre a la terraza posterior del restaurante. Había unas cuantas familias en las mesas, pero nadie prestó atención cuando Zoe y Marlene se dirigieron a un rincón tranquilo.

Su madre fue la primera en hablar.

—Querida, ¿por qué te comportas como si estuvieras en un velatorio?

A Zoe le pareció una descripción bastante adecuada. Se sentía como si estuviera de duelo por un futuro que Michael y ella no tendrían.

—Porque así es como me siento.

El gruñido de Marlene fue de

exasperación.

—Zoe, ¿no ves que tienes elección? Puedes decidir cómo será tu futuro.

—Miró a su alrededor antes de acercarse a su hija—. Tu habilidad es solo eso, un don especial. No es una maldición ni, desde luego, una cadena perpetua.

Zoe se recostó en la barandilla de la terraza y centró la mirada en los barcos que se balanceaban en el mar. Su madre hacía que pareciera fácil. Pero eso no debería ser una sorpresa; eran dos mujeres muy diferentes que elegían cosas distintas en la vida. Su madre había renunciado a su don para casarse con su padre. Y, aunque se alegraba de

ello, no podía negar el sufrimiento que le había provocado la muerte de su marido. Ni eliminaba la sensación de inutilidad que había sentido Zoe al verla luchar para encontrar una forma de llenar ese vacío de su vida.

—Tú no eres yo, Zoe. —La voz de su madre había perdido el tono de frustración—. Si estás pensando lo que creo, te equivocas de medio a medio.

Zoe se giró para mirar a su madre. El atardecer tenía aún suficiente luz para discernir la expresión de su madre, y no le gustó lo que vio. No era el dolor que esperaba ver. Era lástima. Se apartó de la barandilla para irse, pero su madre la cogió por el brazo.

—Espera, Zoe, déjame decir otra cosa. Tienes que tomar una decisión.

—¿Y cuál es esa decisión?

—Se reduce a una pregunta que te tienes que hacer.

—¿Qué es?

—¿Es Michael suficiente para ti?

Esas palabras se clavaron en el corazón de Zoe. Michael era más de lo que jamás había deseado, más de lo que había esperado. La pregunta era absurda, y no se iba a dignar a responderla. Negó con la cabeza. Esta conversación no se iba a producir.

—No.

Marlene abrió los ojos como platos y se llevó la mano al cuello.

—Oh, Zoe, no.

—No vas... —Pero las palabras de Zoe flaquearon cuando se dio cuenta de la expresión horrorizada de su madre. No la estaba mirando a ella. Miraba algo detrás de ella. Zoe se giró de golpe.

No algo. Alguien.

—Michael. —El corazón de Zoe se encogió en su pecho—. Oh, Dios. —A juzgar por la expresión estupefacta y herida de su cara, no cabía duda de que la había oído. Y malinterpretado—. No lo entiendes. Lo que quise decir... Mi madre ha preguntado...

Michael levantó la mano para detener su enrevesada explicación. Sin mirarla directamente, se dirigió a su

madre.

—Marlene, ¿te importaría llevar a mis sobrinos a casa en el coche de Zoe?

Zoe miró a los preocupados ojos de su madre y asintió con la cabeza.

—Las llaves están en mi bolso.

A pesar de que era obvio que no quería hacerlo, Marlene asintió. Le puso la mano brevemente en el brazo para tranquilizarla y siguió adelante. Se paró a mirar a Michael.

—No has oído lo que crees. Escucha lo que Zoe te tiene que decir. —Con una última mirada compasiva para su hija, volvió a la mesa.

Zoe dio un paso y se acercó a Michael. Él no se apartó, pero todo su

ser radiaba un recelo patente que la entristeció.

—Michael, por favor, escúchame.

—He oído suficiente. —Apartó la mirada.

Un escalofrío que no tenía nada que ver con la brisa del Atlántico la recorrió. Cuando miró a Michael, sintió una punzada de miedo ante la idea de perderlo. La pregunta de su madre volvió a su mente: ¿era Michael suficiente? ¿Suficiente como para renunciar a su don? ¿Suficiente como para abandonar sus habilidades para poder tener su amor? Absolutamente sí. Ahora solo tenía que conseguir que Michael viera la verdad. Fue a tocarle

el brazo, pero él negó con la cabeza.

—No lo hagas.

—Tenemos que hablar. Necesito que hablemos. Por favor.

—Aquí no. —Se apartó para que pudiera pasar delante de él—. Vámonos.

Su tono de voz dejaba claro que no iba a negociar. Con una compostura de calma que negaban el tremendo ritmo de su corazón y el temblor de sus manos, Zoe cruzó el restaurante y salió al coche de Michael. Este le abrió la puerta del pasajero, y Zoe entró.

Miró sin ver mientras Michael conducía hacia la casa de la playa. La idea de encontrarse con Josh y con Kathryn, de tener que verlos cara a cara,

la mataba. No era justo que se vieran implicados en todo aquello. Gracias a Dios que su madre estaba con ellos. Por muy loca e imprevisible que fuera, Zoe sabía que controlaría la situación con los adolescentes con tanto tacto y cuidado como fuera posible.

Miró a Michael. La luz de la luna que entraba por la ventana le permitía ver lo fuerte que apretaba la mandíbula. A medida que avanzaban los kilómetros, Zoe se dio cuenta de que tenía elección. Podía luchar por Michael o rendirse sin más. No necesitaba pensarlo. Sabía lo que quería.

—Para el coche.

—¿Qué? —Michael le echó una

mirada—. ¿Por qué?

Zoe inspiró bruscamente. No solo era el momento de tirarse a la piscina, sino el de cruzar a nado el maldito canal de la Mancha si eso era lo que haría que Michael la escuchase.

—Para el coche. Estoy mareada.

Las dos últimas palabras lo convencieron. Michael se paró junto a una vista espectacular. Apagó el motor, salió del coche y lo rodeó hasta la puerta de Zoe. Metió el brazo y le desenganchó el cinturón de seguridad. Luego se arrodilló frente a ella.

—¿Qué sucede?

Zoe se tocó el pecho.

—¿Te duele el pecho? —La voz de

Michael estaba llena de pánico—. Voy a llamar a emergencias.

—Michael, espera —intentó interrumpirle mientras sacaba el móvil.

—No intentes hablar, Zoe.

—Pero...

Michael levantó la mano.

—Te conseguiré ayuda. Tú aguanta.

Pero Zoe no iba a esperar. Miró junto al volante. Las llaves seguían ahí. Echó un vistazo rápido a Michael, que caminaba nervioso de un lado a otro sin prestarle atención, y decidió lanzarse a por todas. Tomó las llaves antes de salir del coche y lo cerró.

—Michael.

—Ha dicho que le dolía el pecho.

No, que yo sepa no tiene problemas de corazón.

—Michael. —Volvió a intentar llamar su atención, esta vez con voz más alta.

Michael se dio la vuelta.

—Estoy bien. De verdad. —Señaló el móvil—. Diles que ha sido una falsa alarma y cuelga.

Michael frunció el ceño.

—¿Qué?

Se acercó a él, tomó el teléfono de las manos y se pasó dos minutos convenciendo al operador de emergencias de que su salud era perfecta. Una vez hecho esto, le tendió el móvil a Michael.

—Me duele el corazón. No el pecho.
Michael tomó el móvil.

—Vuelve al coche.

Zoe no se movió.

—Vámonos, Zoe. Esta noche está resultando ser un completo desastre. Ya no puedo más.

Los dedos de Zoe se cerraron alrededor de las llaves del coche.

—Ya somos dos. —Sabía que estaba llevando las cosas al límite, pero no le importaba. Corrección: le importaba mucho. Tanto como para hacer lo que fuera necesario para que Michael la escuchara. Podría no tener una segunda oportunidad y no iba a malgastar esta.

—Lo digo de verdad, Zoe. No me

tientes a dejarte aquí.

—No lo harías. —Oyó la confianza que desprendía su voz. Era demasiado caballeroso para poner en peligro su seguridad—. Además, tengo las llaves.

Durante un buen rato lo único que se oyó fueron las olas que rompían en la orilla. Y luego, el suave murmullo de Michael que maldecía por lo bajo.

—Zoe, dame las llaves.

—Lo haré. Cuando me hayas escuchado.

—No me lo puedo creer. ¿Me estás chantajeando?

Como respuesta, Zoe hizo tintinear las llaves.

Michael se le acercó

sorprendentemente rápido, pero aun así Zoe pudo zafarse cuando intentó quitarle las llaves. Tal vez fuera más grande, fuerte y ágil que ella, pero la noche oscura estaba de su parte.

—¿Estás dispuesto a escuchar?

En lugar de responder, Michael la agarró y tiró de ella, acercándola lo bastante como para que Zoe pudiera oír su respiración algo dificultosa y oler el almizcle de su colonia. Y para que, cuando ella le puso la mano en el pecho, notase lo rápido que le latía el corazón.

—¿Crees de verdad que estoy de humor para juegos? —preguntó—. ¿Y ahora qué? ¿Dejas caer las llaves por el escote de tu vestido?

—No es lo que había pensado. —Se apartó lo justo para tener capacidad de movimiento en el brazo derecho—. Esto no es un juego para mí, Michael. Voy en serio. —Y entonces, antes de que Michael pudiera decir o hacer algo para impedirselo, lanzó las llaves a la oscuridad.

Capítulo diez

Las llaves tintinearón al rebotar en una roca. Lo siguiente que se oyó fue una brusca inspiración de Michael.

—No acabas de tirar las llaves.

—Lo he hecho. —Zoe se sintió llena de confianza por su decisión. Si nada más lo conseguía, tal vez ese descarado

acto tan impropio de su carácter lo convencería de lo mucho que le amaba—. Así que ahora tienes dos opciones: nos podemos sentar en el coche y hablar como adultos maduros o puedes empezar a gatear buscando las llaves.

Michael maldijo por lo bajo.

»¿Qué prefieres? ¿Coche o peinar la playa? —Se hizo una pausa lo bastante larga y silenciosa como para ponerla nerviosa—. ¿Michael?

—Supongo que voy a tener que peinar la playa teniendo en cuenta que necesito las llaves para abrir el coche.

Ahora fue ella la que inspiró bruscamente.

—¿Por qué has cerrado el coche? Es ridículo.

—Eres increíble, Zoe. Tú fuiste quien cerró el coche, ¿recuerdas? ¿Qué excusa tienes? ¿Locura?

—Amor.

—¿Qué?

Lo prefería sorprendido a enfadado; le infundía esperanza.

—Te quiero, Michael.

—No vayas por ahí.

—Ya estoy ahí. —Ojalá pudiera ver su expresión en lugar de solo el perfil de su cara—. Mira, sé que esta noche no ha ido como esperabas.

—No sabes de la media la mitad.

—Lo siento. Ojalá pudiera

retroceder en el tiempo y empezar de nuevo la velada.

—No es solo esta noche, Zoe. Te has comportado de forma extraña desde que reapareciste la semana pasada.

—Te lo puedo explicar.

Michael suspiró.

—Supongo que vas a poder hacerlo, ya que tienes a tu público secuestrado. Pero, si vas a intentar convencerme de que me quieres, tendrás que empezar por contarme por qué desapareciste el año pasado sin ninguna explicación.

—Sí que lo hablamos. Extensamente. ¿No te acuerdas?

—Lo que recuerdo es que tuvimos una conversación de lo más rara en la

que solo hablaste tú y en la que intentaste lavarme el cerebro y convencerme de que nuestro destino no era estar juntos.

¿Lavarle el cerebro? ¡Auch! Nunca había visto su proceso de alteración de memoria en términos tan duros.

—Parece que recordamos la conversación de manera muy diferente.

—Ríndete, Zoe. —La voz de Michael se acercó—. No me lo creí entonces y no me lo creo ahora. Eres una mujer inteligente y elocuente, que resulta que también es increíblemente guapa. Jamás habría pensado que fueras del tipo de mujeres que juegan con los demás. Pero, si no me das una buena

explicación para tu comportamiento de esta semana, hemos terminado. Te quiero. Pero quiero una relación de verdad. Así que ¿qué va a ser?

Zoe sentía su presencia tan cerca que la tentación de echarse a sus brazos casi la superaba. Pero merecía una respuesta a su pregunta. Había llegado el momento de ser honesta. Y que Dios la ayudase.

—Hay algo de mí que no sabes.

—Continúa.

—Temo que cambie la forma en que me ves.

Se mordió el labio mientras esperaba que Michael dijera algo. Pero, durante un buen rato, lo único que se oyó fueron las olas que rompían en la orilla.

Justo cuando ya creía que no diría nada, habló.

—Pues supongo que tendrás que tomar una decisión, como ha dicho Marlene.

Zoe se encogió de vergüenza.

—Sé cómo debe haber sonado pero, cuando mi madre ha dicho que tenía que decidir si me bastabas, el “no” que has oído era el principio de lo que iba a decir, que era que no necesito ni un segundo para decidirme. Eres todo lo que siempre he querido, lo único que siempre necesitaré.

—Sigue hablando.

Un destello de esperanza prendió en el corazón de Zoe, aunque sabía que le

quedaba un gran trecho por recorrer. Y lo más duro estaba por llegar.

—No soy... Tengo una habilidad especial para hacer que la gente olvide cosas. —Inspiró profundamente y se lanzó—. Todas las mujeres de mi familia tienen un don especial, o al menos lo tienen hasta que se casan y entonces lo pierden en mayor o menor medida. Mi madre solía poder saber qué pensaba la gente solo con mirarla pero, cuando se casó con mi padre, perdió su don. Todavía puede ver lo que pienso si estamos juntas, pero no le funciona con nadie más.

—Me he perdido.

—Lo cual es irónico si tenemos en

cuenta que perderte es lo que tanto temía que pasaría si lo descubrías.

—¿Si descubriría qué? —La exasperación era evidente en el tono de voz de Michael—. Si tienes un secreto, cuéntamelo.

Zoe cerró los puños.

—Lo estoy intentando. La razón por la que creé Limpia con Amor era para poder usar mi don para hacer el bien. El mundo no necesita otro servicio de limpieza, pero sí un poco más de perdón. Y a veces la manera más fácil de conseguir que alguien perdone es ayudando a olvidar.

—¿Hablas de algún tipo de consejo que ofreces?

Zoe negó con la cabeza antes de darse cuenta de que estaba demasiado oscuro para que Michael la viera. Ella apenas podía distinguir su rostro a la tenue luz de la luna. Era de locos estar los dos de pie en la oscuridad pero, por otra parte, así la conversación le resultaba más fácil. Al menos de esa manera no tenía que ver el desdén en su rostro.

—No exactamente. Quiero decir, no. No es aconsejar porque no es voluntario. Utilizo mi habilidad para ayudar a borrar recuerdos tristes o desengaños.

—¿Y yo que soy? ¿Un recuerdo triste o un desengaño?

—Ninguna de las dos cosas. Por favor, no seas así, Michael. Eres lo mejor que me ha pasado jamás. Me asusté. —Tembló. La brisa empezaba a ser cada vez más fría—. En el restaurante dijiste que entendías cómo me sentía.

—Asustada, lo entiendo. Pero todo eso del lavado de cerebro...

—Alteración de la memoria —lo corrigió Zoe.

—Lo que sea, ¿cómo esperas que me crea todo esto? ¿Y cómo sé que no estás metiendo mano en mi cerebro?

—No es así como funciona.

—Pero has dicho que el año pasado intentaste eso exactamente. —Se calló

unos minutos pero, cuando volvió a hablar, sonaba incrédulo—. Dios, Zoe, por eso actuaste como lo hiciste cuando apareciste en mi casa. Creías que me habías hecho olvidarte. ¿Tengo razón?

Por mucho que odiase admitirlo, tenía que hacerlo.

—Sí. Y también intenté alterar la memoria de Kendra para que no nos recordase como una pareja y se pasase la cena hablando de ello. Creí que había funcionado, pero supongo que no hice un buen trabajo. Debió de pensar que estoy como una cabra.

—Increíble.

—¿Increíble porque no me crees o increíble porque estás flipando?

—Las dos cosas. Te metiste en mi cabeza, Zoe.

—Lo intenté, lo admito. Sé que estuvo mal, pero quería... pensé...

—Dejó que su voz se apagara.

—No te pares ahora. ¿Qué pensaste?

Zoe se sentía absolutamente abatida. Solo quería volver a casa, meterse bajo las mantas, y llorar hasta que no le quedasen lágrimas. Pero no podía salir de esa sin llegar al final.

—Creí que serías más feliz si me olvidabas. Habría sido como si no me hubieras conocido.

—Eres increíble.

Habían vuelto a lo mismo.

—¿Qué puedo decir para

convencerte de que hice lo que creí mejor?

—No hay nada que puedas decir —replicó Michael. Le tomó la mano y la acercó a él. Sacó el móvil del bolsillo con la otra mano y tocó el icono de la linterna—. Mantente a mi lado mientras buscamos las llaves porque no quiero perderte.

Zoe envió una plegaria al cielo para que ese deseo no fuera solo para esa noche, sino para siempre.

Los faros del coche brillaron en la puerta del garaje de la casa de playa cuando Michael entró en la propiedad. La búsqueda de las llaves les había

llevado veinte minutos y llegar a casa otros diez como mínimo, que con los anteriores sumaban media hora de incómodo silencio. Michael estaba seguro de que Zoe tenía mucho que decir, y él mismo tenía unas cuantas preguntas. Pero también necesitaba un rato para pensar, y el viaje en silencio se lo había proporcionado.

Salió del coche y lo rodeó para abrir la puerta de Zoe.

—¿Por qué no entras? Yo iré enseguida. Tengo que hacer una llamada.

Cuando la oyó cerrar la puerta de la casa, repasó la lista de contactos de su móvil hasta que encontró el que estaba buscando. Envió un mensaje a su colega

con la esperanza de que la respuesta llegase pronto. Lo hizo.

Pete: Sí. Limpia con Amor es muy buena. El dinero mejor gastado de mi vida.

Michael: ¿Y eso?

Pete: Mi mujer descubrió que me había ofrecido a trabajar hasta tarde toda la semana que sus padres estaban de visita. Cuando se enteró, saltaron más chispas que en los fuegos artificiales del 4 de julio. Pero, después de que vino Limpia con Amor, estaba tan contenta que se le olvidó el fiasco con los suegros. Es como si no hubiera sucedido.

Michael le dio las gracias y se guardó el teléfono. ¿Como si no hubiera sucedido? Miró a la casa, perplejo. ¿Zoe le había dicho la verdad? Solo había una manera de averiguarlo. Inspiró profundamente, espiró despacio, y se dirigió a la puerta.

Cuando entró, encontró a Marlene y

a Zoe juntas en un rincón, hablando en voz baja. Josh y Kathryn estaban sentados en el sofá, en silencio, al menos hasta que lo vieron, y Kathryn prácticamente se le tiró encima.

—Lo siento, tío M —susurró después de darle un fuerte abrazo. Lo miró con detenimiento—. ¿Estás bien? ¿Fue horrible volver en el coche con ella? ¿Se va esta noche?

Josh tocó el hombro de su hermana.

—Tranquila, hermanita. Déjalo respirar.

Michael sonrió para calmarlos en lo posible.

—Estoy bien. Todo va bien.

Los ojos de Josh se abrieron como

platos.

—¿Os habéis reconciliado?

Michael negó con la cabeza.

—No este tipo de bien. Es complicado.

La última palabra disparó a su sobrina.

—¿Complicado? —dijo entre dientes—. ¡Sí, hombre! Todo lo contrario. Está claro que Zoe no es lo bastante lista para ver lo buen partido que eres. Es así de simple. —Sus ojos lanzaban destellos de indignación. Miró a Zoe por encima de su hombro y volvió a mirarlo a él—. Nunca olvidaré cómo arruinó tu velada perfecta y echó a perder su...

—¡Espera! ¿Qué acabas de decir?

—la interrumpió Michael.

—He dicho que echó a perder...

—No —la volvió a interrumpir—.

Antes de eso.

Kahryn frunció el ceño.

—He dicho que nunca olvidaría...

Nunca olvidaría. Esas palabras se repetían una y otra vez en su mente como si estuvieran en un bucle.

—Chicos, quedaros aquí un momento mientras hablo con Zoe y con Marlene.

Cruzó la habitación y tocó el brazo de Zoe.

—Tengo que preguntarte una cosa y quiero que me jures que me dirás la

verdad.

Zoe se apresuró a asentir.

—Te lo prometo.

—¿Me has contado absolutamente toda la verdad sobre eso de la alteración de memoria?

—No contestes, Zoe —Marlene lo fulminó con la mirada—. Si crees que harás que mi hija se disculpe por ser quien es, puedes esperar sentado. —Le clavó el dedo en el pecho—. Zoe es una mujer maravillosa, especial y cariñosa con un don...

—Lo sé.

Marlene lo miró, claramente sorprendida de oírlo decir que estaba de acuerdo con su elocuente valoración de

su única hija.

—¿Lo sabes?

Michael asintió.

—Así es. De hecho, creo que no le haces suficiente justicia.

Su rápida respuesta dejó a Marlene sin argumentos. Con las cejas levantadas, miró a Zoe.

—Puede que todavía haya esperanza para él.

—Madre —protestó Zoe—, por favor.

Michael sonrió.

—Espero que tenga razón, Zoe. —Y esperaba fervientemente que lo que estaba a punto de hacer fuera lo correcto—. Si me prometes que la

alteración de memoria es totalmente segura, quiero que me la muestres.

—Te la muestre ¿cómo?

—Alterar los recuerdos que tienen Josh y Kathryn de esta noche.

Zoe abrió los ojos como platos, miró hacia los adolescentes y otra vez a él, con expresión escéptica.

—Tienes que estar de broma.

—¿Puedes hacerlo?

—Claro que puede —le aseguró Marlene—. Lo harás, ¿verdad, querida?

—No.

Eso no era lo que Michael esperaba oír.

—¿No?

—Ni hablar. —Zoe cruzó los brazos,

desafiante.

—Eso es, dale caña, cariño.

Michael miró a Marlene.

—¿Tú de parte de quién estás?

—¡Ah, claro! Perdón —se disculpó encogiéndose de hombros—. ¿Hay más vino en la cocina?

Michael asintió.

—Perfecto. —Marlene sonrió animadamente—. Yo me encargo de eso —señaló mientras se dirigía a la cocina.

Cuando estuvieron solos, Michael miró a Zoe.

—¿Lo harás por mí? —Tuvo la impresión de que Zoe flaqueaba—. Por favor.

—¿Por qué?

—No quiero que los chicos recuerden esta noche.

Zoe fue a decir algo, pero se detuvo.

—De acuerdo. Si crees que es necesario, lo haré.

Michael resistió el impulso de besarla. En vez de eso, mantuvo una expresión cuidadosamente neutra.

—Vamos.

Capítulo once

Zoe ignoró como pudo el ceño fruncido de Kathryn y la expresión taciturna de Josh y se sentó frente a ellos. Eran unos chicos cariñosos y leales que adoraban a su tío. Y ella respetaba sus sentimientos porque los compartía. Pero aun así se sentía muy rara por lo que estaba a punto de hacer.

—¿De qué quieres
hablarnos?

—preguntó Josh.

Zoe miró a Michael, quien la animó con un movimiento de cabeza. Zoe volvió a mirar a los chicos.

—Sé que ahora mismo no queréis

hablar conmigo y lo entiendo. Sé que esta noche no ha salido como esperabais.

Kathryn entrecerró los ojos.

—No te entiendo, Zoe. Dices que quieres a tío M, pero tus actos no lo muestran.

—No mola —añadió Josh.

Zoe no respondió. En cambio, se centró primero en Kathryn, por su alto nivel de resistencia. La clave era mantener el contacto visual y su voz en un registro lo bastante consistente como para que Kathryn bajase la guardia. —Creo que tú y yo tenemos bastante en común, Kathryn. —Alargó la mano con cuidado y tocó el brazo de la

adolescente para establecer un mejor entendimiento—. Sé que quieres a tu tío. Yo también lo quiero. En eso somos iguales.

Kathryn seguía en silencio, pero sus ojos ya no estaban entrecerrados. Zoe lo consideró un avance y siguió adelante.

»Lo que importa es la felicidad de tu tío y que se sienta bien. Sugiero que ambas nos deshagamos de cualquier frustración que sintamos. —Hizo una corta pausa—. Nos tenemos que deshacer de cualquier indicio de malentendidos o sentimientos heridos que nos puedan separar.

El silencio impregnaba la habitación. Zoe sabía que su madre

entendía la importancia de tener un ambiente silencioso y le aliviaba que Michael siguiera el ejemplo de Marlene.

—Kathryn, ¿no te sentirías mejor si pudiéramos volver a una actitud feliz y positiva? ¿Qué te parecería volver a como nos hemos sentido esta mañana en el faro? ¿Lo recuerdas?

Kathryn asintió con la cabeza.

—¿Nos cuentas cómo te sentías en ese momento?

—Feliz. Me sentía feliz.

—Cuéntame más —la animó Zoe.

—El sol brillaba.

—Sigue.

Kathryn hizo lo que le pedía. Su voz era lo bastante melódica para que Zoe

sintiera que la muchacha estaba soltando parte del resentimiento.

—Tío M estaba entusiasmado porque iba a pedirte matrimonio esta noche.

A Zoe se le cortó la respiración. ¿Michael había planeado proponerle matrimonio esa noche? Tuvo cuidado de evitar mirarlo. A pesar de que su corazón iba a mil y las manos le temblaban, se mantuvo centrada en la sobrina de Michael.

—¿Cómo te sentías?

La voz de Kathryn era relajada, incluso soñolienta.

—Esperanzada.

—¿Qué esperabas?

—Que fueras mi tía.

Las lágrimas se agolpaban tras los ojos de Zoe. Miró a su madre. Marlene se puso la mano en el corazón y le mandó un beso. Zoe se forzó a centrarse.

—¿Crees que podrías olvidar esta noche y seguir adelante?

La espera de una respuesta fue una agonía. Zoe se obligó a mantenerse no solo callada, sino también tranquila.

Kathryn habló por fin.

—Quiero que tío M sea feliz. Si él quiere que seas parte de nuestra familia, yo también.

Michael Archer era un hombre con suerte por ser tan querido. Dios sabía que se lo merecía. Zoe se volvió hacia

Josh. Se aseguró de establecer contacto visual antes de hablar.

—¿Y tú qué, Josh? ¿Puedes dejar atrás el desengaño y los recuerdos de lo que ha pasado esta noche?

De los dos, Josh resultó ser el sujeto más predispuesto, probablemente porque su decepción no había sido tan profunda como la de su hermana.

Asintió.

—Sí que puedo.

—¿Puedes avanzar sin resentimiento?

Asintió con la cabeza.

—¿Qué quieres para tu familia?

—Quiero que todos estén tranquilos y relajados.

Zoe se echó hacia atrás en la silla y esperó un rato en silencio antes de levantarse y salir de la habitación sin hacer ruido. Aunque la alteración de la memoria parecía haber ido bien, necesitaba aire fresco desesperadamente. Y estar sola. Una mirada rápida a su madre le aseguró que Marlene se quedaría y vigilaría a los adolescentes por ella. No porque algo tuviera que ir mal; los chicos estarían bien. Que era más de lo que podía decir de sí misma.

Zoe salió sin hacer ruido por la puerta trasera y se adentró en la noche oscura. Una profunda sensación de pérdida le pesaba como un ancla. Siguió

el camino iluminado por la luz de la luna hacia el agua, y se paró solo para quitarse las sandalias. El viento había tomado fuerza, pero no sentía el frío mientras se acercaba a la orilla. La humedad salada del Atlántico se mezclaba con las lágrimas silenciosas que le bajaban por las mejillas.

Había sido una idiota por haber pensado ni que fuera un instante que necesitaba proteger a su corazón de Michael. El mero hecho de negarse a confiar en él había sido el insulto definitivo a su integridad, y su forma de actuar de esa semana había añadido sal a la herida. Se paró en la orilla sin importarle que las olas le salpicasen los

tobillos de agua fría, y se secó las lágrimas con las manos. La sensación de vacío que la invadía era algo a lo que se tendría que acostumbrar en los próximos días.

Sin importarle que fuera tarde ni que hiciera frío, se puso a caminar por la orilla. Tras andar unos trescientos metros, se detuvo creyendo haber oído su nombre. Pero era imposible, tenía que ser una combinación del viento y de su imaginación. Su madre jamás habría podido gritar lo bastante alto para que la oyera por encima del ruido del aire y de las olas.

—Zoe.

Se paró en seco.

»Zoe, espera.

Esa vez estaba segura de que había oído a Michael. Su voz le había llegado justo antes de que apareciera.

—Zoe, por el amor de Dios, ¿qué haces? —Michael se detuvo frente a ella—. No vas a ir a ningún sitio. —Se quitó la americana, se la puso sobre los hombros y la utilizó para acercarla a él—. No sin mí.

—Michael. —El calor de la americana no era nada comparado con el calor que sentía al estar en sus brazos. Se inclinó atrás lo justo para ver su rostro—. Yo no... —pero Michael la calló eficazmente con un tierno beso.

Cuando finalmente se separó de ella,

Zoe agradeció el soporte que le ofrecían los brazos de Michael.

—Quiero que sepas...

Pero Michael la interrumpió de nuevo, esta vez tomándole suavemente la cara entre las manos.

—Zoe, por favor, déjame decirte lo que siento y luego prometo escucharte, ¿de acuerdo?

Zoe asintió con la cabeza.

—No me importa tu don... quiero decir, no me asusta ni molesta como creías que pasaría. Marlene me ha dicho que sentías que tenías que elegir. No tienes que hacerlo. Jamás te lo pediría. Me gustas como eres, me gusta todo de ti.

A Zoe le flojearon las rodillas, en parte por alivio, pero sobre todo debido al deseo.

—¿No sentiste rechazo al verme hacer lo que hago?

Michael sonrió.

—Puede que un poco, aunque solo porque nunca había visto nada igual. Pero sé que todo irá bien, Zoe. Confío en ti.

Las tres últimas palabras fueron el mejor regalo que le habían hecho jamás. Se puso de puntillas y lo besó. Él lo era todo para ella.

—Gracias. Entonces, ¿no te importa si sigo dirigiendo Limpia con Amor?

Michael negó con la cabeza.

—No. Con una condición: que recuerdes siempre que la magia no es lo que puedes hacer, Zoe, sino quien eres.

Pero Zoe sabía que se equivocaba. Lo realmente mágico era la forma en que Michael la amaba. Y ella lo querría con la misma intensidad tanto tiempo como él se lo permitiera.

Michael la levantó en brazos.

—Vámonos. Tu madre y los chicos nos esperan para verte aceptar mi propuesta de matrimonio.

—¿No se acuerdan de nada?

—No. Han dicho que la cena estuvo bien, pero no recuerdan los detalles. Le echan la culpa al pan por provocarles confusión por carbohidratos.

Zoe se rio, muy agradecida por que la intervención con Kathryn y Josh hubiera salido bien. Sabía que su madre estaría encantada con los últimos acontecimientos. Pobre Michael, no tenía ni idea de lo que le esperaba en lo que a suegra se refería.

—¿Me besas otra vez? —pidió.

—Ni hablar. Al menos no ahora. —Michael se rio—. La familia nos espera. Pero prometo que luego me aseguraré de que quedes totalmente satisfecha. De momento, ¿por qué no practicas decir “sí” para que no se te trabe la lengua cuando te pida matrimonio?

Pero a Zoe le parecía mucho mejor

la idea del beso. Rodeó el cuello de Michael con los brazos y entrelazó los dedos tras su nuca antes de besarle. Su madre y los chicos podían esperar. Michael y ella no tenían por qué correr para ir a la casa de la playa, ni a ningún otro sitio, de hecho. No tenían prisa.

Tenían para siempre.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

**¿Quieres disfrutar de más
buenas lecturas?**



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros,
echarle un vistazo a nuestro catálogo y
apuntarte a nuestro boletín para mantenerte
informado de nuestros últimos lanzamientos,
visita nuestra página web:
www.babelcubebooks.com